

EL LAPSO

Ruthy García



EdicionesProust

© EL LAPSO
© 2017 Ruthy García

ISBN:
Depósito legal:
Segunda edición: abril 2017
Diseño de cubierta:
Maquetación: Miriam García
S.COOP. de Escritores Independientes
Nº Registro: CyL/349/AV CIF: F05253307



EdicionesProust

www.edicionesproust.com
info@edicionesproust.com
Impreso en España

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo. Las fotografías de esta obra forman parte del archivo personal del autor.

“La mente lo es todo.
En lo que piensas te conviertes”

Buda

“¡Si pudiera ser cierto!
Si fuera real como esos ojos me ven,
entonces sería feliz”

(Pensamiento)

Sería sorprendente que un ser humano pudiera controlar la mente de otro. Los pensamientos voluntarios son absolutos, nadie puede cambiar eso.

Te invito a entrar en este mundo de pensamientos y verdades. El paseo será algo engorroso, tormentoso y hasta cierto punto aterrador. Recuerda que es posible que no haya retorno a la realidad, así que tienes dos opciones al terminar este libro: tú eliges tu final.

Bienvenido a *El lapso*.

De la autora.

ÍNDICE

CAPÍTULO I. La terapeuta	13
CAPÍTULO II. Ecos del pasado	27
CAPÍTULO III. Ha muerto mi bastón	41
CAPÍTULO IV. La danza del martirio y su pacto con el diablo	49
CAPÍTULO V. El viaje	63
CAPÍTULO VI. Visita inesperada	71
CAPÍTULO VII. Antes de partir	77
CAPÍTULO VIII. En las entrañas de su infierno.....	85
CAPÍTULO IX. Los enigmas de su alcoba	91
CAPÍTULO X. Los invitados.....	97
CAPÍTULO XI. Awake.....	103
CAPÍTULO XII. Las cartas de Lara Nova.....	113
CAPÍTULO XIII. La confesión	133
CAPÍTULO XIV. Final 1.....	143
CAPÍTULO XV. Final 2	145

“La causa primaria de la infelicidad nunca es la situación sino tus pensamientos sobre ella. Sé consciente de los pensamientos que estás teniendo”

Eckhart Tolle

CAPÍTULO I

La terapeuta

Desde ese asiento se puede observar mucho más de lo que cualquiera cree. La palabrería era hasta cierto grado entretenida, aunque a veces sufría ciertos arranques. No podía hacer nada. Las circunstancias le obligaban a permanecer allí. Aunque no se sentía mal del todo, en algunos momentos lo único que tenía era ganas de irse, de abandonar aquel sitio y no regresar.

Poder escuchar con atención era para ella un privilegio. Desde la óptica desde la que observaba, simplemente era encantador. “¡Qué ilusa!”, se decía a sí misma. Trataba de encontrar respuestas claras entre tanta narración y explicaciones irrevocables. Debía aceptar los hechos y no intentar opinar, no porque podría ser imprudente, nada de eso; más bien quería ser oportuna, agradable y fácil. ¡Y vaya si lo lograba! Manejaba la situación a las mil maravillas. Ningún gesto podría delatar su falta de convencimiento ante las conversaciones con este hombre, que resultaba a veces ser un individuo tosco, desorientado, desesperante, abrumador, acaparador, pero sobre todo hermoso. Bellísimo. Le cautivaban aquellos ojos profundos, su mirada de león hambriento, su sed de halagarle a cada instante. Sus sueños de diosa empezaban a cumplirse, caramba. “Lo que es la vida”, se decía, se repetía. Y al final... se lo creía.

Mientras, allí sentada, sumida en esas reflexiones, asumiendo el papel que le había tocado durante esos dos meses, a veces pasaban ráfagas del pasado que, entrometido, asomaba a su oscuro ser, en medio de una vida que no podía pasar por alto, menos borrar, tampoco olvidar.

Era evidente que no se refugiaría en aquellos detalles insignificantes de su aburrido pasado, un pasado poco complejo, no tan lejano. Hasta solo hacía dos meses era más que invisible, transparente. Estaba acostumbrada a no ser el centro de nada, a no relucir, a no sobresalir. Lo que llevaba viviendo en aquellos últimos sesenta días era realmente emocionante.

Aquel asiento había sido el lugar de primera fila para ser testigo debutante de las cosas más maravillosas que había escuchado y experimentado en su aburrida, indiferente, indeseada y frustrada vida.

Pero las rosas que empiezan con color brillante, tarde o temprano terminan siendo opacas, secas, feas e indeseables.

Ella acomoda su cuadernillo de apuntes, siente el sofocante apretón de su sostén en su espalda y arruga un poco el rostro por lo apretado que le quedan esos zapatos. ¡Por Dios, se suponía que eran su talla! Otro desastre de tamaño incorrecto. Su vida real estaba siendo un caos. En aquellos momentos experimentó cierta ansiedad, pero no se quejó, así que se dispuso a continuar con la charla que cada día de los últimos cincuenta y nueve había tenido con el increíble caballero inglés, Sir Arthur Paradize.

—Desde que recuerdo he sido así, absolutamente independiente, sin retazos.

—Ya veo, pero... ¿qué me dice de sus deseos locos por leer tantos libros? ¿Cuándo empezó todo? Hábleme de eso.

—Eso, señorita Nova, es algo muy remoto, antiguo. Creo que percibí la lectura de mi primer libro en el vientre de mi madre, que fue en vida una lectora disciplinada, no como yo. Ella tenía hasta sus planes de lectura para un año completo. Era organizada y eso es muy difícil de igualar.

—Pero usted también es alguien muy organizado, señor Paradize, no puede decir que no. Siempre ha insistido en que hay que ser ordenado, recalca la forma como le gusta que se hagan las cosas. Es digno de admiración.

—Es verdad, pero ¿sabe algo? —Toma asiento—. ¿Ve este diván? ¿Puede percibir la textura de esta fina madera? ¿La tela? ¿El modelo único en que fue hecho especialmente para mí? ¿Puede verlo? —dijo mientras se paraba, acariciaba el mueble y sonreía.

—Claro, lo veo. ¿Por qué lo dice?

—Eso exactamente. Orden, disciplina y belleza son las tres palabras que definen la perfección. Como este diván, así soy yo, único.

—Se alaba usted tanto que...

—¿Le molesta, señorita Nova?

—No, no es eso. Es que...

—¡Es que nada! Siente envidia, debe ser duro para una inmigrante rusa salir de su tierra con sueños de ser cantante y parar haciendo lo que había abandonado durante tanto tiempo.

—Señor Paradize, por favor, no tra...

—Déjeme terminar. Ochocientos veinticinco euros a la semana me dan ciertos derechos sobre usted. Bueno, mientras duren las cuatro horas por las cuales la he contratado.

—Perdone, no quise ofenderle.

—Ah... Ahora pide disculpas. Cada semana es lo mismo. Usted, señorita Nova, es una terapeuta paupérrima. Le recuerdo que acepté sus servicios porque lamentablemente nadie más respondía al llamado del periódico, no debe olvidar el hecho de que cuando ya la había contratado empezaron a llamar personas de mucha capacidad y preparación.

—¿Por qué no me despide entonces?

—Sus encantos... Debo admitir que su belleza no tiene precedentes. Más bien debió ser modelo. Sabe que no me canso de recalcar lo bien que se ve. Es usted una de las mujeres más hermosas que he visto en mi vida, y le recuerdo que he visto muchas.

El rostro de la señorita Nova enrojeció. Otra vez sucede: él la halaga, la lleva a las nubes. “Creo que no merezco tanto”, piensa en medio de una alegría mezclada con dudas. No sabía si reír o entristecerse, pero decidió que era mejor estar feliz. Estas cosas no suceden a menudo en la vida de una mujer como ella.

—Bueno, discúlpeme entonces. No vengo aquí para hablar de mí, sino de usted. Yo soy la terapeuta, usted el paciente. Usted habla y yo escucho. Recuerde que se trata de eso, así que... vuelva al... fino, único y bien elaborado diván, y continúe. Dígame todo lo que desee, yo simplemente le escucharé —dijo mientras tomaba nota.

Arthur se recuesta, suspira y empieza a narrar algunos detalles, mientras Lara Nova, la humilde terapeuta, toma notas y escucha con detalle cada palabra que narra con emoción el señor Paradize.

—Hace un rato le mencioné a mi madre. Le había dicho que era fina y distinguida, pero le mentí: era la mujer más glamorosa que usted pueda imaginar.

—¿En serio? —dijo con tono de sorpresa y burla.

—¿Trata de burlarse? Dígame, ¿cuánto costaron esos horrendos zapatos de segunda mano? ¿Y qué me dice de ese estúpido bolso? Mi madre era diferente, tenía porte, elegancia y clase.

—No me he burlado, más bien me he sorprendido con lo que me ha dicho, es todo. Le siento... algo agrio conmigo.

Ella trata de encantar al hombre. Sabe que, aunque es áspero, lleva ventajas respecto a lo que piensa de ella y de la forma en que la ve, así que usa sus encantos para aparentar cierta inocencia inexistente. Y vaya que tiene efecto Instantáneo. El poder de ser quien no eres es a veces un misterio interesante.

—Bueno, si, no puedo ocultarlo más, estoy mal y es usted la culpable. La semana pasada escuché la conversación que tuvo en la puerta con su amante...

—¡No puede ser!

—Sí, escuché claramente cuando le dijo: “¡Maldito millonario de pacotilla! ¡Es un malnacido! Cuando reúna cinco mil euros me largo y no vuelvo más. Nos iremos al Caribe juntos”. Parecía estar feliz al decirle esto a su inadecuado, indelicado y torpe compañero de cama.

Ella guardó silencio durante unos segundos.

—Sí, lo recuerdo, pero fue un arranque, lo siento —dijo asustada, mientras respiraba forzosamente.

No esperaba esta información, fue repentino. Por un momento sintió que estaba en peligro.

—¿Segura que fue solo un arranque? Porque si no quiere seguir viniendo, lo entenderé y la dejaré ir. Solo tiene que decírmelo. Lo menos que querría es estropear su ilusa relación con un hombre que no sabe valorar qué clase de mujer tiene.

Ella se siente otra vez en las nubes, la irrealidad es hermosa, trascendental episodio de su transparente vida.

—No, no, no, nada de eso. No tome en cuenta lo que escuchó, fue una estupidez. De todo corazón, estoy arrepentida. Perdóneme, señor Paradize.

Lara Nova cruzó con esfuerzo sus piernas. Él la miró con cierta desesperación. Es evidente que le atraía bastante.

—Está bien, entonces lo olvido y usted no lo repite —dice Paradize.

—De acuerdo. Ahora cuénteme más. Nos quedamos en la glamorosa señora Paradize.

—Sí, sí —rió como un niño—. Era bella...

En ese momento la puerta recibe varios golpes con extrema delicadeza.

—Señor Paradize, su té está listo.

—Es Margaret, la mucama —susurró al tiempo que miraba su reloj.

—¿Quiere que lo traiga aquí o más bien desean pasar a la terraza? —dijo desde fuera de la habitación.

—Tráigalo aquí, pero dentro de media hora, ahora estamos ocupados. A no ser que usted, señorita Nova, quiera tomarlo en este momento.

—No, nada de eso, lo tomaremos juntos dentro de media hora. Quiero seguir escuchando.

—Puede retirarse, Margaret.

—Como guste, señor Paradize.

—Le decía que mi madre fue una mujer espectacular. Mi padre la conoció en una fiesta en París, en casa de unos amigos. Tenían diecisiete años. El flechazo fue instantáneo. Construyeron juntos el emporio Paradize, usted sabe... Ya conoce a mi familia y el poder que encierra mi apellido. Sabe los detalles de mi fortuna, no es ningún secreto en toda Europa que soy un hombre realmente poderoso.

—No cabe duda, es cierto...

—Soy hijo único. También debe recordar el inmenable suceso de cuando la vida de mi hermosa madre es trastocada y lamentablemente muere, cuando yo tenía apenas catorce años.

—Un hecho que desafortunadamente marca a cualquiera. Lo siento mucho, señor Paradize.

—Sí, más por el desconsiderado de mi padre.

—¿El señor Arthur Paradize padre? Hábleme de él.

—No se atreva a mencionar que ese ser tan despreciable lleva mi nombre —dijo poniéndose de pie repentinamente y acercando su cara a la de Lara de una manera intimidante.

Sus miradas se enfrentaron y se produjo un momento muy tenso entre la presión del impulsivo hombre y el temor de ella.

De repente, la puerta se abrió.

—He traído su té, señor Paradize.

El hombre vuelve a su asiento.

—Déjelo en la mesa y retírese, Margaret.

—Sí, recuerde que está caliente, como le gusta. Si lo deja enfriar no sabrá igual.

—¡Lárguese ya, señora Margaret! ¿No ha entendido? —dijo Arthur de una manera irritante.

Margaret se va. Lara mira con ojos de pena a la mujer, mientras esta se va algo desconcertada. La puerta se cierra lentamente, ambas mujeres se miran intensamente. A las dos les aqueja la misma pena.

—Perdón, señor Paradize, no quise... —dijo Lara.

—No quise, blablablá. Pues no quiera más y que no se repita. No me agrada hablar de él.

—Pero, aunque no mencionemos su nombre, podríamos llamarle de alguna forma, qué sé yo... un sinónimo... Sabe que necesito detalles de todas sus cosas.

—Sí, lo creo justo. ¿Cómo se le ocurre que podríamos llamarle?

—¿Qué le parece el Innombrable?

Unos segundos de silencio hicieron que ella se preocupara de no haber elegido el nombre correcto.

—Me parece perfecto. ¡¡El Innombrable!! Bien, hasta me siento cómodo llamándole así. —Rio, de inmediato tomó asiento y gritó a voces—: ¡¡Ya basta!! ¡Cállate, maldito Innombrable, me estás sacando de mis casillas!

—Señor Paradize, ¿qué le sucede?

—¿No lo escucha? Es él otra vez, por eso le tengo encerrado desde hace tanto tiempo. Cada vez es más desesperante. No aprende a guardar silencio ni un solo instante. Es un malnacido, le odio.

—¿Y por qué le ha encerrado? No creo que nadie se merezca eso.

—¿Le parece poco haber causado la muerte de mi santa madre?

—Fue un accidente, señor Paradize. Debe hacer lo posible para olvidar, es necesario.

—Si hubiese sido su madre no diría lo mismo, créame.

—No, no debe verlo de esa manera. Necesita hacer lo posible por empezar de nuevo. Es usted una persona brillante...

—¡Ya basta! Deje de alabarme, no conseguirá un céntimo más de lo que le pago. Límitese a cumplir con sus obligaciones como terapeuta.

—Perdón, señor Paradize. Sigamos hablando de su madre.

El tono de la conversación cambió bruscamente y entró en una nueva etapa de charla distendida, como si el momento incómodo de hacía unos segundos jamás hubiera sucedido.

—Ah, sí... —Sonrió—. ¡Ella era única! Llena de vida. Pero lamentablemente el Innombrable apagó la luz que había en ella.

—Es una pena. Más me dijo que se amaron durante mucho tiempo.

—Un tiempo corto. Eso fue amor a cuentagotas. A veces creo que él planeó la muerte de mi madre para quedarse con la fortuna.

—Es confuso lo que dice. Si la amaba, ¿cómo podría hacer eso el Innombrable?

—Bueno, tal vez que nadie se dio cuenta. El innombrable, señorita Lara, es sagaz, sigiloso, mentiroso y sobre todo astuto. Por ello lo tengo encerrado, por ello no permito que salga a ningún lugar. Conozco sus trampas, no podrá engañarme nunca.

—¿Y le dejará encerrado mucho tiempo?

—Claro, no pienso dejarle salir. Debe permanecer allí para siempre, y aun con eso no pagará lo que hizo.

—Comprendo y respeto eso, pero...

—¿Pero qué? ¿Ahora va a defenderlo?

—No es defensa, es más bien una justificación. Déjele salir de vez en cuando y quién sabe si podría sacarle la verdad. Tal vez obtendría una ventaja.

—No es mala idea para salir del cerebro de usted, señorita Lara. Pensaré en ello y, si lo veo factible, lo haré.

—Bien. Ahora hableme más sobre su amor por los libros, o más bien su extraña manera de ver la lectura.

—No lo disfrace. Me llama obsesivo en pocas palabras, no habla con un analfabeto. Recuerde que he leído tantos libros como cabellos tiene usted en la cabeza.

—Lo sé. Es que... es rara su forma de ser, señor Paradize. Tengo que admitir que es usted único.

—¡Por fin dijo algo espontáneo y real sobre mí! La felicito. Esto merece que nos tomemos el té. Debe estar por enfriarse.

Bebieron en medio del silencio y de cierto protocolo. Él miraba con desconfianza a Lara, ella dejaba notar poco el temor

que sentía. Como tenía las manos sudadas, a ella se le escurrió la taza, que cayó al suelo y se rompió.

—¡Es usted una...! —exclamó él—. ¿Sabe cuánto cuesta esa taza? Es una fina pieza de vajilla que me regaló mi abuela. La trajo de la India en uno de sus viajes antropológicos. Llevaba conmigo más de treinta años. ¡Qué torpeza!

—¡Lo siento! ¡Lo siento! Se la pagaré, puedo pagarla. —decía ella mientras recogía los restos de debajo del diván.

—¡Margaret! —llamó el señor Paradize a voces.

—Dígame, señor...

—Recoja esa taza rota, por favor.

—Sí, señor.

—Puedo pagarla. Dígame dónde puedo encontrar esa taza, por favor...

—No podría, aunque quisiera. Es una pieza genuina. Acaba de descompletar la vajilla más cara de esta mansión, merece un aplauso, terapeuta paupérrima.

“A través de otros nos convertimos
en nosotros mismos”

Lev S. Vygotsky

CAPÍTULO II

Ecós del pasado

Tras el incidente con la taza la terapeuta Lara Nova se sintió mal, culpable de la torpeza cometida, pero más por las palabras del Paradize, quien aprovechaba cada mínima oportunidad para menospreciarle de forma absoluta.

Aquella culpa era recompensada por la compañía que él le proporcionaba. Los insultos y malos tratos no eran del todo desagradables para ella, sabía que pronto llegarían los halagos a los que se había hecho adicta.

¡Qué forma tan asqueante de mendigar un poco de atención! Ese era un pensamiento que pasaba frecuentemente por su anesthesiado cerebro. Admitía levemente en su subconsciente que estaba algo equivocada con la absurda ilusión de ser lo que él creía que era ella.

Después del silencio de aquellos minutos, él permaneció en aquel asiento, tranquilo. La bebida había surtido su efecto.

—Me parece que después del té luce usted un tanto... más sereno. Quisiera que pudiese permanecer así un buen rato, por su propio bien.

—La serenidad, señorita Nova, no es una elección, es una condición. Como psicóloga debe saberlo.

—Sí, es verdad, pero no podemos negar que es más cómodo cuando es usted más accesible, más fácil y más manejable.

—¿Le gusta?

—¿Qué? ¿Que si me gusta qué?

—Que sea yo manejable, como manso corderito.

Paradize se puso de pie y se colocó detrás de la silla donde ella estaba sentada, solo sintiendo sus manos sobre los hombros. Lara estaba algo asustada. Se sonrojó, sonrió y, tras de un trago seco, suspiró.

—Sí, no puedo negar que me gusta tener el control —Sonrió—. Pero con usted es algo casi imposible. Soy dominante y eso la perturba.

—No, en absoluto, más bien me inquieta. A medida que escucho sus relatos más me interesa, es como una de esas novelas adictivas.

Lara se puso de pie y quedaron frente a frente.

—Ah, ya veo... me ve como una historia de entretenimiento... ¡Asombroso! —dijo muy sereno.

—No es eso. —Lara rio a carcajadas—. Esto es un tanto confuso. Señor Paradize, es usted único... y no le estoy alabando. Su vida es muy interesante. Escucharle hace que me sienta... con deseos de saber más. ¿Adónde nos llevará todo esto? No lo sé, y es lo que más me agrada, el misterio de lo que desconozco.

—Su explicación es cómoda y satisfactoria. Me gusta que piense así.

Sus miradas eran cambios de luces, disfrutaban de un intenso flirteo, coqueteaban el uno con el otro de una forma escondida. Era como una especie de código amoroso, pero a ninguno le convenía que eso aflorara.

—Me alegra que la calma haya llegado, porque debemos continuar hablando.

—Quiero hacerle una pregunta, Lara.

—Adelante. —Lara lo miraba mientras él regresaba a su asiento.

—Si un día quisiera que me acompañara a un viaje, ¿lo haría?

Ella tardó en contestar y eso le molestó un poco a él.

—Ya veo, me teme. ¿Soy un ogro quizás? —dijo con cierto desconcierto.

—No, nada de eso. Es que...

—Nada de excusas. Conteste y punto.

—Sí, aceptaría. ¿Por qué me pregunta eso?

—Por nada. Ahora continuemos. Nos quedamos en...

—Sí, hablaba de su madre.

—Lo sé, solo quería saber en qué grado está usted concentrada en esto.

—Ya ve, soy así. —Sonrió.

Él la mira con ojos serios. Ella tose para disimular la incomodidad y se recuesta nuevamente mientras continúa escuchando.

La conversación da un giro un tanto brusco.

—¿Por qué es usted racista?

—¿De dónde ha sacado eso? —preguntó molesta Lara.

—Por favor, deje de negarlo, se nota en su forma de ser. Se suma a eso su manera clasista. Estoy totalmente seguro de que denigra a las personas.

—Me está ofendiendo.

—La verdad ofende, pero es necesaria.

—Ya sabía yo que no duraría mucho tiempo usted sereno.

—Mi serenidad es relativa.

—¡Ya basta! ¿Continuará narrando o qué pasará entonces?

—Está bien, seré objetivo.

—¿Lo promete?

—Sí —respondió cortante.

—Continúe, por favor.

—Bien. Como le decía, mi madre fue víctima de mi padre.

—¿Se refiere al Innombrable, al que está encerrado en una de las habitaciones de arriba?

—Sí, ese mismo, el que está encerrado y estará siempre encerrado. Bueno, por lo menos mientras yo viva.

Ese dato llenó de tristeza a la terapeuta, quien prefería a veces guardar silencio en relación con ese encierro. En este momento decidió cambiar el tema. Era doloroso indagar acerca del Innombrable.

—¿Su madre fue una esposa abnegada?

—Demasiado. Aunque viajaba mucho, siempre sacaba tiempo para mí.

—¡Qué bueno!

—Si la hubiese conocido la admiraría, se lo aseguro.

Un deseo interno por saber lo que conocía perfectamente hizo que retrocediera; necesitaba encontrarse con ese pasado inexistente. Era necesario escuchar lo que sabía, porque, aunque resultaba imposible, para él todo aquello era ahora su mundo.

—¿Y qué sucedió con el Innombrable? ¿Por qué dejaron de amarse él y su madre?

—Fue él quien dejó de amarla. Ella le amó. Bueno, fue un tiempo después del matrimonio, pero le amó. Es lo que vale, ¿no? Lo leí en el diario de mi madre.

—Señor Paradize, ¿cómo es posible? Los diarios son privados.

—Lo sé. Cuando ella murió yo era un joven inexperto. Un día me topé con su hermoso libro color rosa. En él escribió que tenía uno anterior, así que indagué entre sus cosas. Al encontrar el anterior, decía lo mismo, que había otro anterior, y así sucesivamente, hasta que en el viejo sótano de la abuela pude encontrar una caja repleta de diarios que databan desde que mi madre era adolescente. Fue mi oportunidad de conocerla en profundidad.

—Me imagino que fue una experiencia desbordante. ¿Cómo se sintió al principio? ¿Cómo reaccionó ante los detalles más íntimos de su madre?

—Si supiera... No había nada morboso en esas líneas, no todas son zorras oportunistas como usted. En aquel libro todo era amor, menos cuando se refería al Innombrable.

—¿Cree que me ofende al llamarme zorra? Algunos creen que ser zorra es malo, pero para mí ser zorra es ser sagaz, inteligente y no dejar que los demás te usen.

—Sus defensas son válidas. Es justo que quiera dar la cara por usted misma.

—¿Y usted? ¿Daría la cara por mí?

Se acercó a él, que se puso de pie. Ella también. Quedan frente a frente.

Sus cuerpos se aproximaron lentamente. Él no pudo más. La tomó a la fuerza por la cintura y le dio un beso apasionado, que dejó a aquella mujer fuera de este mundo, viviendo una fantasía que no le correspondía, engañada. Pero no importaba, Lara se sentía genial.

Él trató de colocarla sobre el asiento, pero la silla se rompió y ella cayó al suelo. Arthur pestañeó y movió la cabeza tratando de entender por qué se había caído.

Los intentos por ayudarle fueron fallidos, hasta que por fin Lara pudo levantarse.

—¿Cómo pudo suceder? ¿Está bien? ¡Qué torpeza! Lo lamento. —Se miraron con complicidad.

Allí, mientras su dolorida pierna empezaba a molestarle, ella recordaba su apartamento, la soledad de aquellas insípidas cuatro paredes, el sonido del silencio tortuoso y desesperante, el vacío de aquella gigantesca cama, la posibilidad de la existencia de la nada en su aburrida vida. La verdad no era agradable, saber que debía volver a esa vida llena de vacíos y más que todo lleno de ella, repleto de su ser, de su realidad y de una mujer muy distinta a la que Arthur esperaba.

Mientras se ponía de pie vino a su mente la primera caída que tuvo. Era un enero lleno de esperanza. Estar en aquella escuela preparatoria fue en ese momento muy alentador, pero por desgracia las cosas se empañaron con aquel suceso que no le traía buenos recuerdos: caerse frente a Jack Sinclair, el chico más popular y hermoso, fue una gran equivocación. Desde ese día todos se burlaban de ella, sería recordada como la chica que se cayó frente a todos tras resbalar mientras miraba a Jack. Todos se dieron cuenta de que ella estaba enamorada de esa estrella de la preparatoria, un ejemplar masculino lleno de atributos sorprendentes; sin embargo, ella sabía que no estaba a su alcance. Jack la ayudó a levantarse y a evitar que siguieran riéndose de su ropa interior rota. Jack, que era un “caballero”,

mandó callar a todos y rescató a la dama en peligro. Levantarse y quedar ambos frente a frente fue más que suficiente para ella. En ese momento estaba convencida: Jack era todo lo que quería. Él sonreía y le tocaba la mejilla, aunque más como una amiga.

—¿Está bien? —dijo, dejando ver la sonrisa infame y peligrosa que había hechizado a muchas chicas en aquella escuela.

Arthur había notado que durante unos instantes ella se había ido de este mundo. Ignoraba que precisamente ese mundo era toda una pesadilla para ella, que regresar allí no era agradable.

MEDIA HORA DESPUÉS

—Afortunadamente no se ha roto nada. Habría sido el colmo.

—No se preocupe, ya todo está bien.

—Entonces continuemos.

—¿Qué más quiere saber?

—Hábleme más sobre su madre y el Innombrable... ¿Cómo define la relación entre ambos?

—Frustrada, desigual y tortuosa.

—Un momento, no entiendo. ¿No me había dicho que se amaron?

—Sí, pero fue después de que sus padres les obligaran a casarse por conveniencias económicas. El padre del Innombrable era un importante diplomático canadiense, el de mi madre un empleado de la casa de mi padre.

—Ya entiendo.

—Sí, es confuso, pero fue así. Bueno, así lo relatan los diarios de mi madre.

—¿Qué pasó luego? ¿Tuvo entonces su madre que aprender a amar al Innombrable?

—Así es. Es usted muy lista.

—Dígame una cosa, señor Paradize. Si su madre llegó a amar a su padre, ¿cuál fue el problema entonces?

—Él sabía que ella se casó sin amarlo. Al principio lo ocultó, fue sigiloso. Le halagó con detalles y llenó su vida de emoción, lujos, vanidad. Luego, cuando mi madre estaba perdidamente enamorada, él tiró de la soga. Simplemente dejó de atenderla como antes. Ella lo pasó muy mal. Sus diarios hablan más de dolor y sufrimiento que de amor.

—Es una pena. El innombrable fue... muy cruel.

—¿Escuchaste eso, maldito Innombrable, maltratador de madres, aniquilador de mujeres amadoras, buenas y abnegadas? ¿Lo has escuchado? —gritó Arthur con tono acusador, señalando y mirando al segundo piso.

—¡Cálmese! No creo que pueda escucharle. —Lara bajó la cabeza con tristeza.

—¡Claro que puede! Esta mansión tiene pasadizos secretos en las paredes; además, él tiene un excelente nivel auditivo, lo ha desarrollado durante su encierro.

—Síntese, por favor. —Se inclinó y le tocó en el brazo para que se volviera a recostar.

Prosiguió:

—Cuando mi madre pudo por fin quedar embarazada de mí, empezó a ser feliz.

—Bueno, es una alegría saber que uno es el motivo de felicidad de sus padres.

—No, no para el Innombrable. Él más bien me odiaba.

—¡No puede ser! ¿Cómo puede un padre aborrecer a su hijo?

—Sí, tenía miedo de que yo algún día heredara toda esta fortuna, el negocio de la fabricación de cruceros, señorita Nova, es muy retributivo, sus ganancias son sorprendentes.

—Es algo que no creo que concuerde. ¿Está seguro de lo que dice?

—Sí, lo dice claramente, de puño y letra de mi madre.

—Entonces, ¿su padre sentía celos de usted?

—Sí, porque sabía que mi madre me amó limpiamente sin imposición desde que llegué a su vientre; en cambio él siempre tuvo presente que aquel matrimonio fue arreglado por conveniencias económicas.

—Pero me dijo usted que el padre de su madre era empleado en casa de la familia de su padre.

—Sí, es así, pero... Mi familia tenía gran aprecio por ese hombre y por la educación de su hija, que fue criada como parte de la familia; por ello mis abuelos arreglaron ese matrimonio. Mi madre, señorita Nova, siempre fue una gema, una joya de gran valor.

—Me dijo que su madre amaba la literatura. ¿Qué me cuenta sobre eso?

—Sí, era una persona muy letrada. También ella fue la que ayudó a sacar adelante la empresa de mi padre. Gracias a los contactos de negocios que tenía mi madre alrededor del mundo,

y a las estrategias financieras que ella diseñó, a su poder de convicción, la empresa prosperó. Por eso no había acabado con ella antes: era su gallina de los huevos de oro.

—Hábleme de sus estudios. ¿Cómo fueron sus años de estudiante?

—Tenía maestros particulares. Mis padres viajaban tanto que tenían que asignarme un maestro en cada puerto. Era algo incómodo. Al cabo del tiempo, mi sabia madre decidió ser ella la que me enseñaría a leer. Recuerdo que desde muy pequeño me ponía a ordenar su gran biblioteca. Yo le ayudaba llevando los libros. Cuando empecé a leer me compraba cuentos y me ayudaba a leerlos.

—¡Wowww!

—Leí mi primer libro completo siendo muy pequeño. Balbuceaba y mi madre se reía. Yo leía, pero sin entender; solo la segunda vez que lo leí pude entender la historia.

—Ha pasado mucho tiempo desde entonces.

—Sí, cuarenta y tres años.

—Y desde entonces no ha parado.

—No, leo por lo menos cinco o seis libros al mes, ahora en estos tiempos; antes eran más. Claro que las grandes sagas, las lecturas largar, no las cuento.

—Déjeme ver... Si lee aproximadamente seis libros por mes son setenta y dos libros por año... Setenta y dos por cuarenta y tres hacen un total de... tres mil noventa y seis libros.

—Esa cifra no es real. Recuerde que llevo solo diez años leyendo cinco o seis libros por mes; antes podía leer hasta nueve.

También le mencioné que las sagas no las contabilizo. Por otra parte está la prensa, las revistas, etc.

—¿Podemos decir que ha leído más o menos cinco mil libros?

—Creo que seis mil, sin exagerar.

—Si lo multiplicamos por cien páginas de media, para no exagerar, tenemos una cifra de... Déjeme calcular...

—Seis millones de páginas. Todas en mi cabeza.

“La habilidad de estar en el momento
presente es un componente principal
de la salud mental”

Abraham Maslow

CAPÍTULO III

Ha muerto mi bastón

—¡Cómo pasa el tiempo, señor Paradize! Parece mentira, pero ya han pasado dos horas desde que llegué aquí. —dijo la terapeuta tras mirar su reloj.

—¡Qué manera tan original de exigir su paga! —le contestó Arthur, que rió sarcásticamente.

—¿Le divierte mucho hacer que me sienta mal? Es tolerable, podré vivir con eso.

—¿Segura?

—Absolutamente. Y ahora que ya sabemos algo sobre sus obsesiones literarias...

—¡Así me gusta! Realismo, franqueza, sarcasmo.

—Parece que las próximas dos horas serán muy divertidas.

—Sí, serán desbordantes de verdades ocultas, sobre todo acerca del Innombrable.

—¿Ah, sí? ¿Más sorpresas sobre él?

—Claro. Se espantará de todo lo que le contaré de ese ser despreciable que terminó con la vida de mi madre.

—¿Por ejemplo?

—Bueno, hace más o menos cinco años me enteré de que tengo hermanos y hermanas.

—¿Qué? ¡No puede ser! —exclamó alarmada Lara.

—Tal como se lo cuento. Mi padre llevaba una doble vida. Conoció a su amante la noche de bodas. Era una invitada que provenía de Centroamérica. Con ella procreó dos hijos, pero jamás les dio el apellido, solo el sustento económico. Ya sabe..., para que nadie sospechara.

—¿Cuándo lo supo su madre?

—Poco tiempo después de que yo naciera, cuando él tuvo que viajar para conocer a su hija, que acababa de nacer. Se lo había contado a mi madre, pero solo para hacerla sufrir.

—¡Qué horror!

—Es terrible. No imagina lo que sufrió mi amada madre.

—Lo imagino y me duele.

—Si eso le dolió, imagínese lo que viene después. Es más doloroso aún.

—¿Hay más? ¿Qué clase de ogro es el Innombrable? ¡Es terrible!

—¿Escuchaste? ¿Escuchaste eso, ogro malnacido? —gritaba mientras señalaba hacia arriba con su rostro enrojecido ante la incomodidad.

—Cálmese, señor Paradize. Sigamos.

—Perdón, no volverá a suceder. Le hablaba sobre los extremos del Innombrable, pero esto es el colmo: pasó de ser para mi madre el amor de su vida a ser el dolor de su vida.

—Lo lamento...

Lara bajó el rostro entristecida.

—Conoció a unos amigos a los que les gustaba jugar, apostar en toda clase de apuestas. Aunque donde más jugaban era en el hipódromo, en las carreras de caballos.

—Bueno, las carreras de equinos son... interesantes.

—Siempre que no vayan acompañadas de apuestas. Las apuestas son un camino seguro a la ruina y la perdición.

—¿Al Innombrable le gustó aquello de apostar?

—Sí. Mi madre tuvo que pagar muchas de sus deudas y lo sacó muchas veces de la cárcel, pero calló todo aquello para mantener una buena imagen.

—Sería muy difícil mantener a flote los negocios. ¿Cómo lo logró?

—Con estrategias. Abrió una cuenta fuera del país y allí enviaba todo el dinero, solo dejaba para las necesidades básicas. En ocasiones mi padre llegaba borracho con deseos de ir a apostar y masacraba a mi madre, la golpeaba como si fuera un animal.

—Es aterrador.

—De verdad que lo es.

—¿Por qué no le denunció su madre?

—Por amor. Le amaba demasiado.

—Su madre guardó silencio y ese silencio la enterró en un hoyo muy profundo.

—Pero su memoria, su amor, sus recuerdos, están aquí, en mi mente.

—¿Qué conserva de su madre? ¿Qué recuerdo de ella cree que es el más hermoso?

—Los libros. Los tengo todos.

—¿Dónde?

—En mi alcoba. Mi cama, señorita Nova, tiene forma de libro. Además, me rodea la biblioteca más completa: miles de libros que pertenecieron a mi madre y muchos míos, todos ordenados como ella lo hubiese hecho.

- ¿En serio? Quisiera ver su alcoba, señor Paradize.
- ¿De veras? Pero ¿es necesario?
- Piénselo. Si cree que puede mostrármela, dígamelo.
- Lo pensaré.
- Bueno, cuénteme más sobre el Innombrable.
- Hay muchos detalles, pero ya no deseo hablar de él.
- Bueno, nos queda una hora y quince minutos de sesión.
- Dígame de qué quiere hablar entonces.
- De lo que usted ha ignorado todo el día.
- ¿A qué se refiere?
- El señor Paradize toma el periódico de la mesita al lado del diván.
- Lea —dijo entregándole el periódico.
- ¿Qué se supone que debo leer? —preguntó pasando las páginas rápidamente.
- La muerte de mi querido Randall Scooter.
- ¿Qué!? ¡No puede ser! ¿Cuándo sucedió?
- Por favor, no se haga la inocente. Sabe que la anunciaron hace más de siete días. Estaba haciendo fotografías en un zoológico junto a su familia y le dio un paro cardíaco. Fue instantáneo.
- ¿Qué manera tan horrible de morir!
- ¿Qué manera tan horrible de vivir!
- ¿Qué quiere decir?
- Que es una paradoja... Él tuvo una forma horrible de morir y usted, señorita Nova, tiene una horrible forma de vivir, limitada, recogiendo las migajas que le dejo caer a la semana, comprando zapatos y bolsos de segunda, almorzando a las dos

de la tarde y sin comer más hasta el día siguiente... No hay mucha diferencia entre usted y Randall Scooter.

Ella lo miró intrigada, molesta, con deseos de levantarse e irse para no volver jamás.

“La música se ha hecho para lo inexpresable”

Claude Debussy

CAPÍTULO IV

La danza del martirio y su pacto con el diablo

—Señor Paradize, todo lo que me ha dicho sobre sus padres ha sido tormento y dolor. Es inconcebible que personas que se unieron y duraron tanto tiempo juntos solo hayan tenido momentos de infortunio.

—Ahora me viene a la memoria un suceso que mis padres vivieron de una manera feliz.

—¡Vaya! Cuénteme. —le dice ella, mientras toma notas ansiosa.

—El baile.

—¿Qué baile? —Lara intenta identificar si es un cambio brusco de conversación.

—Mis padres, señorita Nova, eran bailarines, les encantaba danzar. Era lo único que hacían bien y la única actividad que practicaban de común acuerdo.

—Interesante. ¿Qué clase de baile?

—Tango.

—¡Qué original! Un baile muy hermoso, romántico y hasta cierto punto erótico.

—Bailaban muy bien. Se tiraban tardes completas. Él sonreía y ella se mostraba plácida. Mientras danzaban, sus sonrisas eran momentos mágicos, inolvidables.

—¡Qué bonito recuerdo, señor Paradize! Es lo más hermoso que he escuchado en esta tarde tan excitante.

—¿El tango le parece una bonita danza?

—Claro, es muy....

Él no la deja que termine. Se levanta y le toma de la mano.

—¿Bailamos?

¿Cómo decir que no? Aquellos ojos azules eran el mar mismo convertido en carne y espíritu, fuego peligroso, destellos de impotencia por no poder poner en práctica libremente lo que ambos ansiaban, no por falta de ganas, más bien por impropiedad de aquel sentimiento ajeno del cual ella se apropiaba.

La prudencia y la cordura, la realidad y la locura, estaban en una encrucijada. ¿Bailar? Lara se sentía fantástica. Debía vivir aquellos momentos impropios con tesón, con ardor, como si todo fuera cierto.

—Me pone en un apuro.

Ella se levantó del asiento y aceptó la mano de Arthur.

—Nada más excitante que una damisela en apuros. Se puede sacar cualquier cosa de ella. —La condujo con delicadeza al centro de la habitación.

—¿Y la música?

—¿Acaso no la escucha? Sus oídos han de estar oxidados. Tal vez los besos sonados al oído de parte de su torpe amante le han dañado el tímpano.

—¡Ja, ja, ja! Por favor, habla de mi amante con tanta rabia que...

—Le defiende, pero no me molesta. Los momentos de placer entre ambos deben ser muy ardientes para que se sienta usted aludida ante lo que digo.

—No, no trato de....

—Ya basta. Bailemos. No vamos a pasar la noche hablando de él.

Ella cerró los ojos y con la cabeza recostada en su hombro los recuerdos volvieron, recuerdos de un baile que no debió bailar. La música entonces se escuchaba claramente, fuerte y alarmante...

Un tiempo atrás, en algún lugar del centro de la ciudad. Es de noche.

—Tranquila, deja de desesperarte, que apenas son las doce y media.

—¿Estás loco, Jack? Por favor, sabes que mamá está en el hospital. Me arrepiento de haber venido.

—Queda poco para que nos vayamos. —Enciende un cigarrillo.

—Déjame probar. —Intenta quitarle el pitillo para fumar ella.

—¿Segura? No hay vuelta atrás, a veces. —Le pasa el cigarrillo y ella lo coge.

Fuma y empieza a toser. Jack ríe.

—¿De qué te ríes? —le recrimina ella.

Ríe como loca. No puede creer que el chico más popular de la escuela esté sentado frente a ella, en ese momento, para su desgracia.

—De ti. Mira cómo toses, ¡ja, ja, ja! Eres una principiante en esto de fumar. Torpe, pero... encantadora.

—Entonces seguiré fumando toda la noche.

En ese momento empieza a sonar *Gloria*, la canción de Laura Branigan.

—¡Bailemos!

—Claro. —Ambos van con prisa a la pista de baile.

Ella no entendía por qué Jack le había pedido que usara esa noche el vestido de graduación, que hacía que destacara entre todos los demás. Se lo estaban pasando bien, el alcohol empezaba a surtir efecto. Se pusieron a darle vueltas en la pista, parecían locos. Un beso apasionado terminó de hacerle perder la conciencia.

Mareada y hasta cierto punto inconsciente, despertó en un lugar que le resultó desconocido; en cambio, Jack lo conocía muy bien: era su propia habitación. Él se mostraba despreocupado, desnudo en el balcón de aquel departamento de estudiante en el que vivía solo.

—¿Qué ha pasado? ¿Dónde estoy? ¡Cómo me duele la cabeza! Es insoportable.

Jack se dio la vuelta y se acercó a la cama. Se puso el pantalón y se dirigió a ella de forma irónica:

—¿Qué crees que ha pasado? —Se muestra cruel y engreído.

—No lo sé, apenas recuerdo.

—Pues lo hicimos. Te embriagaste, bailamos por largo rato, fumamos algo de hierba...

—¿Qué?

—Ahora dirás que no querías hacerlo, llorarás un poco, te deprimirás unos días, pero luego todo será normal. Vístete y vete.

—Parece disfrutar el baile, su silencio me lo dice —Ella retira la cabeza del hombro de él.

—Algo, algo, señor Paradize. —Está triste, ha vuelto ella.

—¿Podría darle un beso? —le dice tomando la cara de ella entre sus manos.

Si aceptaba seguiría en los brazos de la equivocación; si no lo hacía, también, era demasiado tarde para renunciar a aquella fantasía.

—Sí, sus labios son el néctar más dulce que he probado.

En ese momento alguien llamó a la puerta: era la mucama.

—¡Cielos, qué inoportuna!

“La belleza es misteriosa y terrible. Dios y el diablo están luchando allí y el campo de batalla es el corazón del hombre”

Fyodor Dostoievsky

SU PACTO CON EL DIABLO

—Sus misterios me sorprenden cada día, señor Paradize. Es genuino de verdad, no sabía que fuera tan buen bailarín.

—Si se recostó en mi hombro y solo siguió el juego de mis pies, no pude hacer exhibición de mis dotes de bailarín.

—No diga eso. Sabe que lo hizo muy bien.

—¿De veras? —Su rostro enrojece.

—Sí, aunque lo único que hice fue estarme quieta. Sentía su ritmo perfecto.

La mucama se puso a ordenar un poco.

—Lástima que no nos dejaran terminar nuestras prácticas.

—Esta última palabra la marcó fuerte, mientras miraba con ojos de deseo a Lara.

Ella sonrió de un modo un tanto indiscreto. La mucama se quedó mirando a ambos y estos se rieron. La complicidad era evidente.

—¡Qué bien se lo pasan!

—¿Le parece mal? —Arthur fue sarcástico. Intentaba molestar a la mujer.

La criada, sin embargo, no contestó nada, solo terminó rápido sus tareas y se marchó.

—Es muy cruel con ella.

—Ella es cruel conmigo, no debe entrometerse en mis asuntos. No le pago para eso. Es una mujer muy hermética, a veces pienso que encierra algo desconocido.

—¿Usted cree?

—¡Claro! Aunque no me gusta hablar de esas cosas.

—Cuénteme algo más de ella.

—No, no es relevante.

—Claro que lo es...

—Bueno, también es cierto, pero a veces siento miedo de hablar de esas cosas.

—¿Miedo? ¡Ohhh, esto es nuevo! ¡El señor Paradize conoce el miedo! Es una novedad que hay que anotar.

—Sus burlas están resultando encantadoras.

—¿Ah, sí?

—Lamento tener que admitirlo. Le queda muy bien el sarcasmo, es una alumna insuperable.

—Bueno, a veces el alumno supera al maestro. Ha pasado siempre.

—Si se considera Platón debo decirle que....

Ambos se echaron a reír. Ella entendía perfectamente que intentaba compararse con Sócrates.

—No sea hermético, está comportándose como ella. ¡Vamos!

—Si le cuento, ¿qué obtendré a cambio?

—Quizás lo que empezamos antes de que ella llegara.

—Es un trueque atractivo. ¿Me está tentando?

—Sí. —Se mordió los labios.

—De esta enloquezco.

“¿Más?”, se pregunta a sí misma.

—Déjese de rodeos y cuénteme, que siento curiosidad —ríe.

—La veo muy risueña. No estará igual tras escuchar lo que le diré.

—¿En serio? —dice sorprendida.

—Sí, acérquese. —Se inclinó hacia ella.

Ella también se inclinó. Él puso la mano en el oído de ella y susurró:

—La mucama tiene un pacto con el diablo. —Se retiró lentamente poniéndose un dedo en la boca, queriendo decirle que fuera discreta y que no se alarmarse ante aquella confesión.

—¿Qué? —Se espanta, pero no levanta la voz.

—Así es...

—¿Desde cuándo lo sabe?

—Desde siempre. Cuando la contraté me confesó sus aficiones por el mundo de lo oculto. Es una concubina de Satanás.

—¡Cielos!

—Infiernos, querrá decir.

—Estoy perpleja. ¡Rayos!

—¿De qué se sorprende? ¿La está juzgando? No se las estará dando de santa ahora, ¿eh?

—No, no soy una santa, pero tampoco una diablo.

—No hay cabida para términos medios en el mundo espiritual. Las creencias son cerradas: o es con Dios o es con el diablo.

—Estoy muy sorprendida.

—Y usted, señorita Nova, ¿con quién es su pacto?

Esta pregunta hizo que volviera un recuerdo. El pasado regresó, intruso, de repente, sin pedir permiso.

Un tiempo atrás, en el hospital central

—Madre, debes comer. Si no, no te podrán dar de alta.

—¿Y para qué quiero el alta? En estas condiciones me da igual dónde esté.

Evidentemente, sentía tristeza tras el diagnóstico. La ceguera temporal se había convertido en severa y no había tratamiento

para ese padecimiento. Tenía la córnea totalmente mutilada. Se podía ver el daño en esas pupilas grises con tonos ensangrentados. Parecía una especie de zombi.

—Tu pesimismo me aterra, madre. Debes creer.

—¿Creer en qué? ¿En Dios?

—Es por lo menos una esperanza, mamá.

—Querrás decir una resignación. Estoy cansada de que tantas personas me hablen de lo mismo. Quisiera tener la fórmula mágica para devolver mis ojos a su estado anterior.

—Debes tener fe.

—¿Fe has dicho? A ver, cierra los ojos. ¿Ves la oscuridad? Así es mi mundo ahora, infernal.

—Madre, quizás podrían operarte y podrías mejorar.

—¿Me crees tonta? Es un diagnóstico definitivo, no hay marcha atrás.

—Entonces refúgiate en los momentos en los cuales podías ver bien. —Colocó su mano entre las de ella y lloró en silencio. Una lágrima cayó entre las tres manos.

“Lo peor de todo es que si Dios existe. Si Él sabe cada cosa que ocurrirá, ¿por qué me dejó ver la hermosa vida, las formas, la naturaleza, los colores, y luego me los quitó? Es cruel, ¿no crees?”

—Señorita Nova, ¿se encuentra bien?

—Sí, sí, perdón. Estaba sumida en un pensamiento.

—Pensamiento que interrumpió mi pregunta.

—No, no tengo ningún pacto. Hace mucho tiempo que dejé de creer.

—Entendido. No la critico.

—¿Usted tiene un pacto con alguien?

—Es un secreto. Solo el fondo de mi corazón lo conoce.

—Peligroso el hombre que guarda dentro de sí tantas cosas.
Compártalo conmigo.

—Ese secreto solo podré compartirlo con la mujer que sea capaz de desnudar su cuerpo y su alma junto a mí.

—Esa será una mujer muy afortunada.

—Mucho. —Sus miradas se perdieron de nuevo en un fuego incandescente de amor y deseo prohibido, imposible.

“Todo hombre lleva el límite de su propio
campo de visión a los límites del mundo”

Arthur Schopenhauer

CAPÍTULO V

El viaje

Después de unos quince minutos de amargo silencio, la señorita Nova empieza a recoger sus cosas.

—¿A dónde cree que va? Aún falta tiempo para completar su paga.

—Me voy, no me puede obligar a permanecer escuchando su silencio como una idiota, no es justo. —Se pone de pie y toma su cartera y sus apuntes.

—Es que, quiero invitarla a un lugar.

—Cuénteme.

—Cómo sabe, cuando mi escritor preferido, Scooter, murió, me animé a leer a otro escritor. Usted sabe, la ansiedad de que mi escritor preferido hubiera muerto me llenó de pánico. Fueron siete días muy intensos, casi sin dormir ni comer.

—¿Y qué tiene eso que ver conmigo?

—No se lo mencioné cuando vino, pero he estado leyendo literatura de un joven principiante, Frank White. Escribe de forma independiente en las grandes plataformas web.

—Sigo sin entender.

—Calma, ya lo entenderá. Le decía que estoy leyendo algunos de sus libros. Compré cinco en la librería del centro. Me

dio muy buenas referencias de él. No es que sea yo desleal, pero la muerte de Scooter me causó cierto pánico, así que salí en busca de literatura el mismo día en el que se anunció su muerte.

—¡Vaya!

—Lo cierto es que en mi búsqueda de libros distintos y en medio de mi preocupación ante la mala noticia, me aventuré a experimentar una nueva clase de lectura, de manos del joven que le mencioné.

—Es bueno de vez en cuando cambiar la forma de hacer o ver las cosas.

—Lo es, siempre y cuando no suceda lo que está sucediendo ahora.

—Me asusta. No será otro de sus sarcasmos, ¿verdad?

—No, no. Tengo un objetivo. Estoy a punto de llegar a él, pero debe escuchar todo para que pueda entenderme.

—Soy toda oídos.

—Los libros del joven son de menos de cien páginas. Son rápidos de leer y sorprendentemente adictivos, pero con una particularidad muy pero que muy extraña.

—¿Cuál?

—Tiene el mismo estilo literario de Randall Scooter.

—Eso no es nada raro, señor Paradize. Es muy normal que un escritor se parezca a otro.

—No, señorita Nova, no es eso, es muy diferente. ¿Sabe que Randall Scooter ha escrito más de setenta y cinco libros, a lo largo de sus ochenta y nueve años? Los he leído todos, cada uno más de tres veces, y no le miento.

—Debemos aumentar la cifra de páginas leídas, no tomamos en cuenta los libros releídos —dijo Lara Nova con tono sarcástico.

—Haga lo que quiera, pero escúcheme, por favor.

—Sí, continúe.

—Randall Scooter y el novato Frank White son la misma persona.

—No puede ser. ¿De dónde ha sacado tal cosa?

—Estoy diciendo la verdad. Lo peor es lo siguiente: he indagado sobre la vida de Frank White y no hay una sola foto de él en las redes sociales; aparecen solo fotos de paisajes.

—¡Increíble!

—Es como si Randall Scooter hubiera planeado su muerte para regresar a la literatura de una forma renovada y relajada, como un *ghostwriter*.

—Usted me sorprende cada día más.

—Hay más, señorita Nova.

—Creo que esta ha sido una tarde muy emocionante.

—Yo también lo creo.

—Déjese de intrigas y siga contando.

—Frank White se registró como huésped en un hotel de lujo en Nueva York la semana pasada.

—¿Qué pretende, llevarme a Nueva York?

—No, no se desespere. Tengo un objetivo, pero debe escucharme. No me gusta cuando se desespera.

—Prosiga entonces. Es usted demasiado...

—¿Detallista?

—Más bien trágico. Agrega toques de suspense a todo lo que dice. Eso a veces es desesperante.

—Bueno, le decía que se registró en un hotel de Nueva York. Tiene un amigo que trabaja en ese hotel, como botones, y dio la información de que nunca fue al lugar, nadie lo vio.

—¿Su fuente es digna de confianza?

—Por completo. Es alguien respetable. Al igual que yo, lee sobre Scooter.

—¿Y está tan desesperado como usted?

—No, él es más calmado, solo es un seguidor. Yo, señorita Nova, soy un fanático. ¿Conoce la diferencia?

—Por supuesto, pero ¿qué hará? Es un dato que no lleva a nada.

—Lo sé. He seguido investigando y he descubierto que Frank White se encuentra en Londres de vacaciones, a cinco horas de aquí.

—¿Cómo lo ha averiguado?

—Mis influencias y el dinero pueden mover cosas, como, por ejemplo, informaciones, datos, etc.

—¡Ya veo! ¿Y qué tiene todo eso que ver conmigo?

—Quiero que me acompañe, iremos en coche. Quiero que vea con sus propios ojos que lo que le he dicho es cierto.

—No sé... Es que...

—¿Lo ve? Sabía que no me acompañaría.

—Deje de manipularme, señor Paradize, por favor.

—No trato de manipularla. Como mi terapeuta sería perfectamente normal que quisiera acompañarme. Confío en usted; es una pena que usted no en mí.

—No es eso. Es solo que...

—¿Es por su amante? —Arthur se incorporó del diván.

—No. Por favor, señor Paradize, haga las cosas un tanto más fáciles, me está poniendo en un apuro.

—Si quiere salir del apuro, acompáñeme. Le pagaré novecientos euros por venir.

—Está bien, iré. Pero no por el dinero, más bien por saber en qué terminará todo esto.

—Le aseguro que cuando le muestre el rostro de Randall Scooter, usted me dará un beso en la boca.

—Es usted terrible, señor Paradize. —Sonrió mientras acomodaba sus gafas.

“La mente es como un iceberg, que flota
con una séptima parte de su volumen por
encima del agua”

Sigmund Freud

CAPÍTULO VI

Visita inesperada

Tras un rato conversando sobre el viaje, Margaret llamó suavemente a la puerta.

—Adelante. ¿Qué se le ofrece Margaret?

—Señor Paradize, disculpe. Alguien busca a la señorita Nova.

—¿De quién se trata? —Lara se levantó y corrió la cortina de la ventana para observar—. Ya veo, señor Paradize. Regreso enseguida, debo salir un momento.

—¿Su amante otra vez? —Suspira desconcertado.

—¡Señor Paradize! —responde Lara en tono de reproche.

—Está bien. Vaya y regrese enseguida. Nos iremos dentro de media hora.

—Es muy poco tiempo. No he planeado nada, no tengo nada para el viaje.

—Descuide, Margaret. Por favor, prepare algo de ropa para mí y algunas cosas para la señorita Nova.

—Sí, señor. ¿Algo más?

—No. Váyase y haga rápido lo que le pido.

Ambas mujeres salen. Margaret coge rápidamente un llavero de su bolsillo y cierra con llave la puerta. Caminan con rapidez por el pasillo. Lara va delante a paso doble para salir al encuentro de quien le busca y Margaret le sigue.

—Señorita, dígame cuándo terminará todo esto.

—No puedo asegurarle nada. Tiempo es lo que necesitamos. Ahora, haga lo que le dijo el señor Paradize. Yo mientras saldré y hablaré con él.

El clima era insoportable. Lara frotó sus brazos y se apresuró a salir al encuentro, mientras observaba la vieja casa dúplex de enfrente. Sus ojos se perdieron en el pasto y el verdor de la propiedad que había detrás de aquella vivienda. Miró hacia arriba y vio la ventana de cristal. Entonces volvió a mirar la casa de la cual había salido y observó la perfección de los áticos, la madera preciosa, el color caoba sin pulir ni abrillantar y aquel cordel corredizo que podían usar de tendedero. La similitud de ambas casas era normal. En el vecindario todas las casas eran iguales, con la diferencia de que aquella de enfrente fue la última en construirse. El proyecto fue detenido, por ello quedó con tanto espacio en la parte trasera.

Se dirigió deprisa hacia el vehículo. Lara era lenta caminando. Llegó con la respiración forzada y algo cansada. Eran solo unos cuantos pasos, pero acabó exhausta.

En el interior del coche se encontraba un hombre de unos cuarenta y cinco años, aspecto varonil y gafas oscuras. Cuando ella se acercó, el cristal se abrió lentamente y aquel hombre preguntó:

—¿Qué noticias tiene?

—Nada, por ahora nada...

—Está usted muy lenta en todo esto. Necesitamos resolver la situación.

—Estoy haciendo todo lo que puedo.

—¿Cuánto tiempo cree que necesita? Llevamos mucho tiempo en esto.

—Es algo incierto. En estos casos no podemos medir el tiempo: puede ser hoy, puede ser en diez días o diez años.

—¿Bromea?

—No, hablo en serio, muy en serio. Soy quien puede desenredar todo esto. Deben esperar a que pueda evaluar la situación.

—Evaluaciones, malditas evaluaciones, siempre es lo mismo.

—Si sabían que no disponían de tiempo debieron proceder de otra manera.

—¿Ahora nos cuestiona?

—No, solo respondo ante su presión frente a mis circunstancias.

—Es necesario que dé prioridad a nuestros objetivos. Déjese las formalidades y proceda con lo que tiene que hacer.

—Apresurarme no llevará a nada.

—No importa. Lo único que tiene que hacer es hacerlo.

—¿Me está retando?

—No, se lo estoy ordenando.

—No es bueno lo que hacen, por lo menos de la forma que lo hacen.

Se miraron unos segundos fijamente. Ella buscaba un poco de sensibilidad en él, pero el hombre no mostraba más que su prisa por resolver lo que tenía que resolver.

—Parece que la observan. —Ambos miraron en dirección a la ventana.

—Sí, es mejor que se vaya, ya tengo demasiado con lo que tengo. Resolveré todo esto cuanto antes. Por favor, dejen de presionarme, hago lo que tengo que hacer.

—Más vale que sea así. Tiene hasta mañana para redactar un informe concreto al respecto. Buenas tardes.

El hombre se fue y ella entró deprisa. No soportaba el incómodo clima.

“La mente tiene su propia función.
En ella puede hacerse del infierno un cielo,
o del cielo un infierno”

John Milton

CAPITULO VII

Antes de partir

—Señor Paradize, por favor, ¡ja, ja, ja! ¿Es necesario todo esto?

—Ella reía mientras subía las escaleras con un pañuelo atado a sus ojos, caminando a ciegas, mientras él la ayudaba a subir. La mucama les seguía.

—Su curiosidad merece ser saciada.

El señor Paradize amablemente le sostiene la mano derecha. Ella toca las paredes mientras sonríe.

—Cuidado, señorita, podría caerse. —La mucama se preocupó y esto irritó a Arthur.

—¡Ahh, ya basta Margaret! Es usted algo pesada. ¿No ve que la llevo de la mano? Preferiría caer yo antes de que la delicada señorita Nova pueda lastimarse.

—Perdón, señor, yo...

—¡Cállese ya! Ya es hora de que nos deje a solas. Si quiere quedarse hágalo, pero por lo menos trate de ser invisible, nos haría la vida algo más hermosa con su silencio.

Lara sintió pena por la mujer, pero calló. No quería empañar uno de sus escasos momentos de éxito y buenos tratos por parte de Arthur.

—Entonces me retiro. Con su permiso. No quise ser... inadecuada.

—Acabe de irse. Sus intentos por hacernos sentir mal no tendrán efecto, ale...

Margaret se marchó con pasos rápidos y firmes.

—No debió ser tan duro con ella. Solo trata de evitar que...

—Se caiga. Le aseguro que si sucede estaré en el suelo, esta vez para servir de almohada.

—¿Falta mucho?

—No, este es justo el escalón final. Vamos, despacio.

—Upss..., por poco tropiezo. ¿Ya puedo quitarme esta venda de los ojos? Me siento algo tonta.

—Aún no. ¿Por qué está tan ansiosa?

—¿Y lo pregunta usted? Entrar en su alcoba, ver su gran biblioteca, su cama en forma de libro, será todo un evento.

—Shsss...

Su tono es misterioso. Coloca su mano sobre la boca de ella. Es un momento tenso. El corazón de la señorita Nova empieza a palpar con fuerza. La respiración de él es constante en su oído. Le susurra algo.

—¿Desea conocer al Innombrable?

—¿Qué? ¿De qué habla?

—Lo que ha escuchado. Si quiere ver mi alcoba deberá primero entrar al cuarto del Innombrable, debe prometer que no se quitará la venda hasta que yo le diga.

—¿Por qué me hace esto? Deseo bajar —Hace intentos de quitarse la venda de los ojos, pero él no se lo permite.

—No me decepcione, señorita Nova, espero más de usted. Es hora de que conozca al ser más despreciable que pueda imaginar.

—No... no quiero, por favor... —Lloriquea Lara.

En ese momento fueron recreados momentos de su pasado, aquel que había guardado en un cajón con llave dentro de su corazón.

UN TIEMPO ATRÁS

—Hija, no creo que sea buena idea que faltes a la fiesta de graduación, todos irán. Además, el vestido está precioso, te queda perfecto.

La madre se mira junto a ella mientras luce ese hermoso vestido de fiesta. El púrpura le sentaba de maravilla.

—Es mejor que no vaya, mamá. No quiero ir. —Se entristece.

La mujer, quien da sus primeros pasos como paciente de ceguera, toca las manos de su hija.

—Es por un chico, ¿verdad?

—Sí. —Se miran fijamente. La madre no ve el rostro de ella con claridad, le falla la visión.

—Un chico que quizás es un...

—¡Tonto!

—Vaya, qué tonto. Creo que no sabe lo hermosa que eres; tal vez, al igual que yo, se está quedando ciego. —Ambas ríen.

—Gracias, mamá. —La abraza.

—¿Irás?

—Claro, me has convencido.

—Entonces, ven, tengo algo para ti. Antes debes cerrar los ojos.

Los cierra. La madre se levanta y se aleja un momento.

La chica espera durante un buen rato el regreso de su madre, pero no vuelve.

—¡Mamá!

Abre los ojos, ve la puerta del cuarto entreabierta y camina hasta allá. Las piernas de su madre están en el suelo. Tiemblan, un ataque...

—¡Santo Dios! ¡Mamá!

Las palabras de Arthur hicieron que regresara.

—¿Qué me dice, señorita Nova? ¿Por qué tan callada?

—Está bien, acepto. Entraré.

—Bravo, valiente... Chica valiente, así me gusta.

—Condúzcame de una vez al lugar, quiero terminar con esto.

El hombre caminó unos pocos pasos con ella. Abrió una puerta, que hizo un sonido chirriante. Parecía vieja. Le soltó.

—Aquí es. Camine despacio. Yo le avisaré cuando tenga que quitarse la venda.

Después, Lara sintió cómo Arthur cerró con fuerza la puerta, quedando ella atrapada en ese lugar desconocido, con un temor inmenso porque sentía, sabía que estaba mal. Pero su obsesión por no ser ella la conducían poco a poco a aquel abismo oscuro, muy oscuro.

Cada paso a ciegas era un latido fuerte.

—Ahora puede quitarse el vendaje.

Le escuchó y lo hizo, pero el lugar estaba igual de oscuro que cuando tenía el pañuelo.

Caminaba lentamente en la oscuridad tratando de no tropezar con algo. Un temor desconocido se apoderó de ella. ¿Será que estoy loca? ¿Cómo puedo dar cabida a todo esto? Es estúpido. Aun sabiendo que no estaba bien, continuó con sus pasos lentos, torpes e innecesarios.

—¿Se encuentra bien, señorita Nova? —dijo en voz alta el atormentado.

—Sí.

Sintió pánico al escuchar que Arthur bajaba rápido las escaleras para irse.

—¡Señor Paradize, señor Paradize! Vaya, se ha ido.

Era tiempo de retroceder y de salir de allí. Volver a la realidad era una opción necesaria. Sin embargo, la realidad que crecía dentro de ella se negaba. Era imposible irse y no continuar caminando a ciegas hasta encontrarse con algo que no existía.

Su mano buscó las paredes. Al fin tocó una, siguió y fue cuando sucedió: un silbido leve en su oído, un soplo suave en su cara. Ignoraba que aquella palabra provenía de dentro de sí misma, la llenó de espanto.

—Sal de aquí...

Retrocedió rápidamente. Se sentía perseguida. ¿Qué estaba pasando? Trató de ser rápida, pero sus lentos pasos le impidieron llegar pronto a la puerta. Al fin llegó, abrió, cerró y se lanzó despavorida al suelo, respirando forzosamente, a punto de un ataque de nervios.

“La mente es igual que un paracaídas: solo funciona si se abre”

Albert Einstein

CAPÍTULO VIII

En las entrañas de su infierno

Lara estuvo tensa el resto de la tarde. Encendió un cigarrillo en la cocina, con la mirada perdida en dirección a la salida de la puerta trasera de la casa. Algo le preocupaba.

No podía pensar claramente. ¡Eran tantas cosas juntas! Suspiraba e inhalaba el humo. Sus respuestas se alejaban cada vez más. Solo tenía un día, era desesperante.

Empezaba a sentir algo de hambre mientras la tarde caía lentamente.

Los grandes ojos de la mujer la acosaron al entrar por sorpresa por la puerta trasera. Se miraron y no hubo muchas palabras, solo un leve movimiento de parte de ella con la mujer, indicando algo que sólo ellas conocían.

Ese código de silencio significaba mucho. Margaret prosiguió caminando y se perdió por una puerta. Lara apagó el cigarrillo antes de terminar de fumarlo completo. Se lavó las manos, se echó agua en la cara y siguió el mismo camino de la otra. Antes, cerró con seguro la puerta trasera.

—¡Lamento tanto lo sucedido con la taza! Soy muy torpe.

—Descuide, suele pasar. —Caminó con pasos rápidos y Lara apenas pudo alcanzarla.

—Y mi caída, eso fue peor. —Se levantó un poco la falda mostrando un moretón en su pierna. Margaret se detuvo y se espantó con el espectáculo.

—¿Cómo es que pasó?

—No le gustará saber cómo fue.

—¿Le agredió?

—No, me caí sola —respondió omitiendo el fugaz momento romántico entre ellos.

—Lo siento mucho. Venga conmigo, le colocaré unas compresas frías.

—No es necesario, soy una mujer muy fuerte.

Las mujeres se miran a los ojos. El verde y el azul se hicieron cómplices, pero esta vez por una tristeza en común, profunda, honda.

—Esto acabará, ¿verdad? ¡Dígame que terminará, por favor!

—Una llamada al móvil de Margaret interrumpió la conversación.

La mujer se alejó un poco para hablar, pero el silencio de la casa permitió que Lara escuchó claramente la conversación.

Habla con alguien de una forma natural, existe confianza. Le da detalles de su día a día, sonríe, se escucha feliz. Por un momento se fue esa figura rígida y amargada. Hablaba con un hombre, era evidente. Margaret tenía una relación con alguien. Cuelga y regresó al encuentro de Lara. En todo momento entendió que no fuera escuchada, pero su rostro sonrojado delataba ese momento de felicidad. Estaba hablando con alguien a quien amaba y, por la conversación, también la amaba él.

—Entonces, ¿no se pondrá la compresa? Se pondrá feo, fue un golpe fuerte.

—Descuide, no me duele tanto. Deme solo dos aspirinas, ya se me pasará.

—¿Aspirina? No tengo, aquí todos son alérgicos al ácido acetilsalicílico, lo siento.

—Pues un Acetaminophen o algo así.

—Solo tengo antidepresivos, lo sabe —dijo muy seria.

—Siendo así, iré a la farmacia.

—¿Qué me dice de un ungüento? ¿Quizás Diclofenac? Tengo uno.

—Eso puede servir. Vaya por él.

—Está bien.

CUARENTA MINUTOS MÁS TARDE

Sentados en la mesa del comedor, con sus platos en frente, se disponían a cenar algo ligero. El señor Paradize insistió en irse esa misma noche y ella no puso objeción.

—No ha probado bocado, señorita Nova, ¿qué le pasa? ¿Acaso su amante le ha prohibido ir al viaje? ¿O tal vez cuida de su hermosa y delicada figura?

—No, nada de eso, es solo que está algo caliente. —Sonrió, hacía que sintiera cómoda que Arthur estuviese pendiente de ella.

—Ya veo. Aproveche mientras pueda las comodidades de esta casa. Sé que el disfrutar del confort de mi mansión le retiene muchas veces, y por eso no deja de venir. Por otra parte, está en una encrucijada, entre la presión de su amante y la obtención de la paga.

—Muy hábil, señor Paradize. Este análisis ha abierto mi apetito —dijo mientras comenzaba a comer con mucha delicadeza.

—¿Sabe algo, señorita Nova?

—¿Qué? —preguntó tomando un bocado.

—Verle comer de una forma tan delicada me trae a la memoria que es usted una mujer muy interesante, exquisita y bella.

—¿Ah, sí? —dice Lara y continúa comiendo un poco más entusiasmada.

—Sí, su belleza es... sorprendente.

—Gracias, me halaga.

—Dejémonos de halagos. Ahora, dígame..., ¿qué piensa sobre lo que le conté acerca de Randall Scooter?

—Bueno, debo admitir que tiene sentido lo que dice; como lector fanático ha leído con detalle los trabajos de este escritor durante años. Le conoce, sabe todo acerca de su estilo literario, no puedo más que esperar los resultados de sus expectativas.

—Así me gusta, sabía... Es usted muy sabia.

—He aprendido de usted.

—¡Margaret! ¡Margaret! —llamó en voz alta.

—Dígame, señor Paradize.

—El vino, este momento merece un brindis.

—Sí, enseguida. Ahora regreso.

La mujer regresó, sirvió la bebida y brindaron.

—Por el novato Frank White, por Randall Scooter, quienes resultarán sin duda ser la misma persona. ¡Salud!

—¡Salud Señor Paradize! ¡Por ellos! ¡Por nosotros! —dijo Lara fascinada con lo que estaba ocurriendo en su vida.

“Podemos ignorar las diferencias y suponer
que todas nuestras mentes son iguales. O po-
demos aprovechar estas diferencias”

H. Gardner

CAPÍTULO IX

Los enigmas de su alcoba

—Somos muy atrevidas al estar aquí. Si se da cuenta nos pondremos en peligro.

—Es una gran verdad. Ha estado muy enfadado. ¿Ha visto cómo me ha gritado?

—Ni que lo diga. Tiene un humor de perros.

—¿Qué está buscando? Estoy viendo que mira a todos lados desde que hemos llegado a la habitación.

—Busco algo, pero no es importante. No lo entendería.

—Bueno, soy algo tosca y poco letrada. Mientras usted continúa, yo iré recogiendo las cosas que él se llevará.

—De acuerdo. Debemos complacerle mientras podamos.

—Iré al baño a buscar algunas cosas. Siéntase como en su casa. Con permiso.

—Gracias. No tarde.

Cuando se quedó sola en medio de aquel espacio, su mente no paró de pensar en todo lo que él le había contado. Trataba de buscar una verdad en aquellas cuatro paredes, así que cerró sus ojos. Al abrirlos estaba más confundida que nunca: todo seguía igual. Ni siquiera su mente había asimilado que estaba viendo aquel entorno tan diferente a lo que ella pensaba y a lo que era la realidad.

No quería permanecer allí más tiempo, porque sus respuestas no estaban ahí. Tenía que dejar de ser tan predecible e ir más allá de los hechos, ser más sagaz, más audaz y sobre todo más creativa, para poder penetrar en los conceptos expuestos por su atormentado relator.

Entonces se dirigió hacia la ventana y contempló con extrañeza la casa de enfrente. Era macabro imaginar lo que él pudo haber visto desde esa ventana. Empezó a recrear sucesos. Su mente se transportó hasta la otra casa. La escena del crimen, la sangre en las paredes. Era necesario que se esclareciera la verdad, pero ¿cómo? Las cosas se ponían cada vez más difíciles.

Se dio la vuelta y sintió deseos de fumar otra vez, pero se contuvo. Estaba al borde de la desesperación. Era demasiada presión: mucho por saber y poco el tiempo disponible.

Volvió a cerrar los ojos, esta vez con la esperanza de encontrar respuesta en todo aquello. Permaneció en silencio con las pestañas pegadas durante inagotables minutos. Al abrir los ojos, nada, no había visto nada de lo que quería ver.

—¡Vaya! Estaba asustada. Pensé que se había quedado en estado de *shock*.

—No, nada de eso. ¿Hace rato que regresó del baño?

—Un par de minutos. Estuve viéndole mientras...

—¿Yo tenía los ojos cerrados?

—Sí, eso mismo. Daba la impresión de estar serena, pero sus ojos palpitaban.

—¿Qué pensó que me había sucedido?

—Ya se lo dije, creí que estaba en estado de *shock*.

—Lo estaba, pero consciente de que no había ido a ninguna parte.

—¿Han llamado del laboratorio?

—Por lo menos hoy no. Antes de ayer sí, pidieron algunas referencias y aseguraron que tendríamos la respuesta hoy. A partir de este momento es necesario que actúe.

—¿Ha sido estricta con las dosis?

—Claro. Ni hablar, ¿sabe? Esto es tan importante para mí como para usted.

—Lo sé, así debe ser, es algo que le compete, y mucho.

—Ahora solo cabe esperar.

—Estoy agotada —dijo suspirando mientras se aproximaba a la salida del cuarto—. Debemos darnos prisa.

Caminaron por el pasillo. Lara iba detrás, mirando cómo Margaret cargaba el maletín de mano y una maleta más grande.

De repente, la curiosidad hizo que se detuvieran.

—¿Esa es la habitación? —preguntó tocando el pestillo con intención de abrir.

—Sí, es allí donde lo tiene encerrado. Penoso. ¿Pretende entrar? ¿De verdad quiere entrar?

—Me gustaría, pero no es necesario.—Omite que ya había estado allí dentro.

—No tengo ningún problema en abrir la puerta —dijo soltando las maletas.

—No, ya le dije que no es necesario. Continuemos, el tiempo es oro.

—Entiendo...

Margaret tomó nuevamente las maletas y se dirigieron escaleras abajo.

“Ser empático es ver el mundo a través de
los ojos del otro y no ver nuestro mundo
reflejado en sus ojos”

C. Rogers

CAPÍTULO X

Los invitados

En la sala...

—¿Sabe algo, señorita Nova?

—Dígame qué debo saber.

—Esperar a estos dos invitados con usted al lado es alentador.

—¿De veras?

—Claro. Me siento muy relajado. Creo que esta visita será satisfactoria. Le he dado a Margaret la noche libre, así recibiremos a mis invitados. Luego nos iremos.

—Entiendo —dijo Lara, que se perdió en la mirada anhelante de Arthur.

—¿Bailamos?

—¿Bailar? —dijo riendo—. Yo...

—¡Shh! —dijo Arthur poniéndole un dedo en los labios.

Arthur se puso de pie, le cogió la mano y la acercó hacia él. Lara apoyó la cabeza en su hombro y comenzó a llorar. Nunca nadie le había hecho sentirse así. Lara se secó la cara para que él no supiera que había llorado.

—¿Le gusta la música?

—¿Y a usted?

—Claro, pero odio cuando responde mis preguntas con otra pregunta.

—Lo sé, por eso lo hago. He aprendido a disfrutar molestándole.

—Me agrada eso.

—Espere un momento, están llamando a la puerta. Deben ser mis invitados —dijo al tiempo que dejaba de bailar.

—Es otra de sus tretas sarcásticas, ¿no?

—Es una sorpresa... ¡Y verá qué sorpresa!

Ella lo vio acercarse a la puerta y desesperada se tocaba el rostro. Se pasaba las sudadas manos por la cara como queriendo escapar de aquel momento.

Después de unos minutos, regresó. Lara tenía la mano en la cara, no quería ver nada. Solo escuchó cuando le indicó a su invitado que se sentara.

Los minutos pasaron y continuó con el rostro hacia abajo, incómoda, cubriéndose en lo posible su enrojecida cara.

—¿No piensa saludar, señorita Nova? La he dejado tranquila para ver hasta dónde llegaría su forma tan extraña de comportarse.

—Señor Paradize, yo...

—¡Yo nada! ¿Es porque es negro? Jackson es un ser humano, merece un saludo decente, también por Romina. No es justificable su actitud. ¿Ha sido por el vestido tan provocativo que lleva puesto? Está claro que es prostituta. Lo sabía, lo sabía... Es usted definitivamente racista y, más que eso, clasista.

—¡Basta, señor Paradize! Me siento incómoda —dijo mirando a su alrededor con una pena escondida.

—Salude de una vez y terminemos con esto.

—Deseo ir al baño ahora.

—¡Vamos, señorita Nova! ¿Qué pretende? ¿Ser más maleducada que de costumbre? ¿Acaso sus estudios han sido en vano? ¡Terapeuta paupérrima!

—¡Basta! ¡Basta! —Lara se levantó y se alejó para tomar aire, pero comenzó a vomitar y a encogerse.

—¿Tanto asco le dan ellos?

—No, no es eso... Déjeme sola un momento, por favor.

—Como quiera, pero le recuerdo que no tengo todo el día para esperarla... y ellos tampoco. Sean quienes sean, son mis invitados.

Arthur regresó la sala, pero se quedó parado en el espacio que separaba la sala del pasillo, mirándola mientras vomitaba. Lara se puso de pie. Su rostro estaba enrojecido y sus ojos vidriosos por el esfuerzo. La cabeza le daba vueltas. A pesar de todo, regresó a la sala y se paró frente a él.

—¿Nos vamos?

—No, todavía debe prometerme que entrará en esa sala y saludará a Jackson y a Romina como si fueran personas normales. Olvidará sus viejos hábitos y les tratará como se merecen.

—¿Y si no lo hago?

—No hay paga, tan simple como eso. No le daré un centavo.

—Está bien, lo haré... —dijo más calmada y entrando en la sala.

—Hola, Jackson. Hola, Romina. Es un placer tenerles aquí.

—Bien hecho, así se hace.

—No me han respondido al saludo. ¿Qué tiene que decir a eso?

—Son seres humanos, señorita Nova, lo menos que pueden sentir es terror, después de ver cómo vomitaba por su sola presencia. Trate de enmendar su error siendo amable con ellos. Será un largo viaje... ¡Sea cordial! Haga que todo sea más fácil.

—Entendido.

“La ciencia todavía no nos ha enseñado si la locura es o no lo sublime de la inteligencia”

Edgar Allan Poe

CAPÍTULO XI

Awake

El chico Cooper por fin abrió los ojos. Era un alivio que así sucediera. Brandtom se sorprendió y se asustó algo al ver el patético porte de la detective Klaire Morgan. Su desagradable aspecto, su sobrepeso y sus dientes oscuros a causa del tabaco eran sinónimo de descuido. Brandtom no disimuló, estaba aterrado. El chico no era nada sociable. Se pasó la mano por la cara y supo que estaba muy descuidado.

—Mamá, ¿qué hace esta mujer aquí? ¿Cuánto tiempo ha pasado?

—Hijo, es una investigadora. Viene por lo de Lara y han pasado... dos meses —titubeó.

Cuando intentó ponerse de pie, el localizador de su pierna se hizo presente. Un mareo leve fue el motivo que le obligó a sentarse de nuevo. La sangre que tenía en la nariz dejó preocupado a Klaire.

—¿Creen que yo lo hice? —preguntó a su madre mientras miraba con asco a la detective.

—No, pero están al corriente de que sabes quién lo hizo.

El chico logra levantarse con esfuerzo y se para junto a la ventana. Mira al frente desde la protegida persiana, suspira y rasga la pared con sus uñas, mientras observa la casa de enfrente.

—¿Recuerda lo que vio? —preguntó Klaire mientras tragaba en seco.

—¡Silencio! —dijo. Agarró por el cuello a la detective y apretó sin piedad.

Klaire sonrió de forma macabra y la madre de Cooper se asustó.

—¡Hijo, suéltala! —Se acercó con miedo.

—Déjelo. ¡Vamos, aprieta!

Cogió su arma, pero esto no asustó a Brandtom Cooper. El frío de la pistola más bien lo puso extremadamente agresivo, lo que hizo que apretara con fuerza.

—Vamos, aprieta... Así nunca nadie probará que él... que él la mató.

Apenas se oyó la voz de la detective. La miró profundamente a los ojos. El azul de esa mirada amenazadora se perdió en la de ella. El ruego de la madre y las palabras de la detective Klaire Morgan hicieron que el joven la soltara. Su fuerza era descomunal. A sus veintidós años era un individuo fornido, alto, bien parecido y amenazador.

La detective cayó al suelo buscando aire y la madre se agachó para verificar que estaba bien.

—¿Se siente bien? ¿Cree que debo llamar a emergencias?

—No, estoy bien. Ayúdeme a ponerme en pie.

La mujer aceptó, pero sabía que se trataba de todo un desafío, porque la detective pesaba bastante.

—No debió dirigirle la palabra. Brandtom está muy inestable —dijo la madre, mientras ayudaba a la mujer de cien kilos a levantarse con mucho esfuerzo.

El joven regresó a la ventana. Miraba muy intrigado, se notaba dolor en su expresión.

—¿Hay alguna rotura, mamá?

—No, creo que no, no debiste...

—¡Shh! ¡Silencio, madre! Estoy muy agotado, me duele la cabeza, mi nariz no deja de sangrar.

—Son los efectos de la droga. El prospecto dice que cuando regresaras del lapso sucedería esto.

—Efectos secundarios... ¿Qué me están administrando ahora? Jamás había regresado tan pronto. Dos meses es un record increíble.

—Sí, hijo... Es tu posible cura: un tratamiento muy bueno.

—Es experimental —acotó la detective mientras pasaba su mano por el engrosado cuello.

—Conejillo de laboratorio... Apuesto que no se ha probado con nadie.

—Claro, solo en animales —respondió Klaire sarcástica, como queriendo molestar al chico.

—No hay mucha diferencia, ¿verdad? —preguntó mientras miraba amenazante a la detective.

—Hijo, ven conmigo. Entremos al baño. Vamos, te ayudaré a que te afeites.

Mientras madre e hijo estaban dentro del baño, la detective cogió su grabadora y completó su bitácora del día. Empezó a hablar mientras miraba por la ventana:

Ha vuelto. Son las tres. No hemos dormido en toda la noche, hubo un incidente en la sala. Creyó recibir visitas, le dio un fuerte mareo y cayó dormido. Con esfuerzo le trajimos a la habitación. Estaba

delirando, después se quedó dormido. Al despertar nos encontramos con un individuo agresivo, no como Arthur Paradize. Su verdadera personalidad es peligrosa. Se le notaba cierta preocupación. Fue a la ventana en cuanto se levantó. Ahora su madre le está ayudando a asearse. La droga experimental Antriexht parece que funciona bien. Según la madre, había durado en uno de sus lapsos hasta dos años; esta vez regresó en solo dos meses. Ha tomado el tratamiento al pie de la letra: una tableta tres veces al día, durante veintiún días. Ha estado muy estresado con la personalidad de Arthur Paradize.

MIENTRAS, DENTRO DEL BAÑO

—Hijo, has sido muy duro con la detective. Lleva dos meses completos con nosotros, solo quiere información. Eso es todo.

—¡Sabes que no soporto, no tolero a nadie! Soy solitario, extraño... Además, me acosa, me mira demasiado.

—Lo sé, pero ella solo quiere ayudar.

—¿Cómo puede ayudar? Está muerta, no hay nada que hacer.

—Hay mucho que hacer. Tu testimonio, eso ayudará. Métete en la cabeza el hecho de que lo viste. Fue él quien la mató, ¿lo recuerdas? —decía mientras afeitaba a su hijo.

—No lo recuerdo claramente, no lo vi hacerlo, pero... ¿Quién más querría matar a Lara? Por otra parte, tengo la co-razonada de que no harán nada.

—¿Te olvidas de que estamos en el estado de Texas? Le aplicarán la pena de muerte si das tu declaración. Debemos hacerlo lo antes posible, antes de que regreses al lapso —sentenció con tristeza.

—Dudo que hagan algo.

—¿Por qué lo dices?

—A mí no me aplicaron la pena de muerte.

Ambos se miraron, pero su madre fue incapaz de sostenerle la mirada. Había tocado una fibra muy fina: la muerte de su esposo.

—Eras un chico. Fue un lapso largo, no podrías recordarlo. Además de tu problema mental frente a la corte, eso también te ayudó a no ir a juicio.

—Es que no recuerdo haberlo hecho. ¡No lo recuerdo! No hay manera de localizar ese evento en mi memoria.

—Hijo, ya basta. Debes olvidar, empezar de nuevo. Hay posibilidad de que te cures, de vivir una vida normal —dijo la madre cambiando bruscamente el hilo de la conversación.

—¿Para qué? Con Lara muerta es muy difícil que yo sea feliz. ¡No sabes cuánto la amaba!

—Lo sé, fue un amor extraño. Jamás la tocaste, jamás la viste frente a frente, solo por esa ventana.

—La amo, aún la amo. —Su madre sonrió.

—¿Por qué sonríes, mamá?

—Es curioso, durante el lapso, crees que la detective Klaire es Lara.

—¿Por eso me mira con esos ojos? ¿Está enamorada de mí?

—No, está enamorada de Arthur Paradize, el millonario excéntrico, aficionado a la lectura, hombre de mundo y de familia muy importante proveniente de Londres.

—¿Así soy? Es espectacular.

La madre se puso seria.

—¿Qué te sucede, mamá? —preguntó intrigado.

—Es que quiero darte un abrazo. ¿Puedo?

Brandtom lo pensó unos instantes y accedió con un gesto de cabeza. Ella se aproximó y lo abrazó fuerte. El joven no hizo ningún gesto. Sus brazos permanecieron inmóviles.

—Basta, basta... ¡Suéltame! —gritó desesperado.

—¿Todo bien? —preguntó la detective desde fuera, sosteniendo su arma.

—Sí... sí, señorita Klaire. Todo está bien, descuide.

—¿Te asusté?

—No, hijo, sabes que no te temo. Es que durante este lapso soy una estúpida y maltratada mucama y ansiaba sentir que eras mi hijo. Han sido dos meses muy largos, agotadores. Me he sentido humillada, ignorada y atropellada por mi propio hijo. Es terrible no poder hacer nada.

—Soy un déspota. ¿Cómo puede ella amarme entonces mientras soy así?

—Es algo muy engorroso. A ella le das un trato de reina acompañado de sarcasmos y maltratos verbales. Es como herir y luego poner un paño tibio.

—¿Cómo es eso? ¿Cómo soy realmente con ella?

—Caballeroso, pero exigente. Preocupado, pero hiriente. La ves como a una joven terapeuta de veinticuatro años, cuando estás en ese lapso. Ella es una visión que no deja que mires a otro lugar. Admito que siento celos de cómo me desplazas para darle paso a ella. A veces me irrita. —dijo la madre con la mirada perdida.

Mientras, en la habitación, la detective Klaire continuó con su bitácora.

—Hubo un grito en el baño. La madre asegura que todo está bien. Por otro lado, no me canso de observar este cuarto. Durante el lapso él asegura que es una fina alcoba, que su cama tiene forma de libro, que posee una colección inmensa de libros, pero... la realidad es que no es más que una simple habitación, de un joven que se quedó en la adolescencia. El cuadro del Hombre Araña es genial. Hay muchos vídeos, diría que miles de ellos; montones de cedés, y gigantesco televisor de pantalla plana, acompañado de un impresionante sistema de sonido, que por lo visto agrega acción a la televisión. En vez de un adicto a los libros, tenemos a un neurótico joven obsesionado con la televisión, el cine y sus protagonistas. Es evidente que conoce tantas cosas debido a su relación con la televisión. Su aislamiento le ha permitido alimentar su cerebro con escenas de películas, documentales y un sinnúmero de cosas que le dan información a la hora de recrear un episodio de sus diferentes vidas.

En ese momento vio el pequeño afiche de un cantante, James Arthur Paradize. Ahí entendió de dónde provenía el nombre: era admirador de ese cantante de *rock*.

Al rato, la puerta del baño se abrió. Si la rechazada Klaire amó a Arthur Paradize, ahora adoraría a Brandtom Cooper, afeitado, aseado y vestido con franela y bermuda que le entallaban de maravilla. Los ojos de ella no pudieron ser más indiscretos. El chico Cooper, como le llamaba la policía de Texas tras el incidente con su padre, se sentía incómodo. No estaba acostumbrado a ser observado, sentía cierto acoso.

—Estaba algo preocupada —dijo Klaire guardando la grabadora en su bolsillo.

—Todo está bien, Brandtom se siente mejor.

—¿Por qué el localizador? Déjeme ver... ¿Puedo? —preguntó y se agachó para tocar su tobillo.

La madre mira a Cooper y accede gesticulando para que permanezca tranquilo.

—Adelante.

Klaire mira el artefacto y no cree justo que él deba tenerlo.

—Si ya ha pasado tanto tiempo desde el incidente, ¿por qué no le quitan ese rastreador?

—Lo mismo pienso, pero ellos insisten en que Brandtom es...

—Peligroso —responde el joven sin dejar terminar a su madre.

—Haré unas llamadas para solicitar que te retiren eso. Ha pasado mucho tiempo. Tu arresto domiciliario es suficiente, no lo creo necesario.

—Klaire se puso de pie y se quedó frente a frente a la hermosa y peligrosa figura del joven.

—¿Ni siquiera porque intenté matarla hace un rato? No se confíe, detective, podría darle una gran sorpresa.

—No lo creo.

—Debería. No conoce a Brandtom Cooper, ha tratado con Arthur Paradize, un sujeto muy distinto a quien soy en realidad.

La detective se sintió amenazada por aquellos ojos azules. Esta vez había rabia en ellos, algo perturbador.

“Sigue a tu corazón, pero lleva
contigo a tu cerebro”

Alfred Adler

CAPÍTULO XII

Las cartas de Lara Nova

El joven se mantuvo sereno. Se tomó los medicamentos y se sentó en una silla mirando en dirección a la ventana.

—¿Recuerda esto? —preguntó Klaire mostrándole una carta.

Brandtom miró a Klaire, que estaba recostada en la pared junto a la ventana. Extendió la mano para tomar la carta, pero Klaire no se la dio y su angustia se hizo presente.

—Es su última carta. ¿Cómo...?

—Caíste en el lapso al presenciar lo que sabemos. Esta carta jamás llegó porque no les dio tiempo, todo fue muy rápido.

—¿Debo ser fuerte ante esto? Porque, honestamente, no quiero ser fuerte, quiero derramarme en lágrimas, pero algo me lo impide.

—Antes de que las lágrimas le desborden, debo saber si está dispuesto a cooperar. Usted es el único testigo del asesinato de la inmigrante rusa Lara Nova, que fue brutalmente asesinada nada más y nada menos que por su padrastro. Solo usted puede llevar a la silla eléctrica a ese criminal.

—No entiendo por qué ejercía tanto poder sobre ella. Su autoridad me molestaba mucho. Ni siquiera era su padre, era su padrastro; por otra parte, sospecho que no me dejará leer la

última carta hasta que coopere. Si es así..., será un placer enviar al malnacido al infierno... —dijo el chico con una mirada siniestra.

—Sí, no todos tienen la suerte de asesinar a alguien y no ir a la silla eléctrica o la cámara de gas —dijo Klaire de forma sarcástica e hiriente, lo que molestó al joven.

Brandtom permaneció sentado a pesar de lo molesto de la situación. Los medicamentos administrados le daban cierta serenidad involuntaria.

—Le recomiendo que no provoqué a Brandtom. Por favor, es mejor que esté tranquilo.

—Lo sé. Siento haberle molestado, viuda Cooper.

—¿Qué debo hacer entonces? —preguntó Brandtom, que se debatía entre un profundo sueño y el deber de decir todo lo que sabía.

—Le preguntaré algunas cosas y usted responderá.

—Bien, empiece entonces.

—¿Conserva las cartas de Lara?

—Sí, todas.

—¿Puedo verlas?

—¿Está preparada para leer cosas que le herirán y sobre todo le aterrarán?

Klaire suspiró, miró a la señora Cooper y entendió que Brandtom sabía que estaba enamorada de él.

—Sí.

—Mamá, en el falso piso, debajo de la cama.

La madre buscó donde Brandtom le había indicado y descubrió aquel escondite. Al levantar el tablón encontró una caja

pequeña, repleta de cartas, todas provenientes de la casa de enfrente, de puño y letra de la mismísima Lara Nova, estudiante meritoria de Psicología Clínica, que soñaba con convertirse en una brillante terapeuta.

La detective intentó coger las cartas, pero Brandtom no se lo permitió. Comenzaba a sentir menos sueño, así que tomó la caja y se la colocó sobre las piernas.

—¿Por qué no me las da?

—Nada de eso. No me perderé el suspenso y su emoción mientras le narro todo lo ocurrido.

—Hijo, debes comer algo.

—No, no tengo hambre, más bien sed... Sed de venganza. Cuanto más rápido diga todo lo que sé más pronto encerrarán a ese desgraciado.

—Adelante entonces. Empiece.

La detective se sentó en el suelo y quedó frente al chico. Cooper miró con desprecio en dirección a la casa.

—Debí tomar esa última carta. Entré en ese maldito lapso justo cuando él lo hizo todo. Fue brutal, muy fuerte para mí. La carta colgaba de ese tendedero. Solo ella y yo lo sabíamos, pero fue imposible.

—Lo sé. Cuando llegué a la escena del crimen y vi esa marca de sangre en la ventana, supuse que ella intentaba que la vieras.

—Ella sabía que nunca me quitaba de la ventana, que siempre estaba ahí, mirándola, cuidándola... ¿Pero para qué?

—No te culpes.

—Claro que me culpo. Esos estúpidos guardias llevan más de siete años cuidándome. Les gritaba y se burlaban de mí.

—¿Te refieres a los oficiales, Randall y a Frank?

—Los mismos... Lo único que hacían era mirarme y pasárselo en grande mientras les gritaba.

—En el expediente dice que hicieron eso porque estabas acostumbrado a gritar, sobre todo si estabas en un lapso.

—Son unos idiotas.

—No, no es así. Randall Scooter y Frank White son dos agentes muy capacitados, han cuidado de ti durante mucho tiempo.

—Es cierto, hijo. Han sido muy buenos con nosotros, han estado cuando más los hemos necesitado.

—¿Sabes, Brandtom? En el lapso, cuando eras Arthur, les creías dos escritores importantes.

—¿Ah, sí?

—Sí, hijo. Los suspendieron durante seis meses. Todos en el vecindario dicen que debieron darse cuenta cuando asesinaron a Lara.

—Lo mismo digo yo.

—Basta de conclusiones. Ahora empieza a hablar, quiero terminar con todo esto.

Klaire encendió la grabadora. El joven rebuscó en la caja hasta encontrar la primera carta.

SEIS MESES ATRÁS

Fort Worth recibió a la familia Nova con mucha calidez. La comunidad de Log Cabin era el nuevo hogar de esta familia conformada por el padre, la madre y dos hijas, una menor de

trece años y la mayor de veinticuatro. Esta última, Lara Nova, era estudiante avanzada de Psicología Clínica. La chica comenzó sus estudios en California, pero tuvo que trasladarse junto a toda la familia a Texas, para poder acompañar a su madre, que debía permanecer junto a su esposo, con quien habían procreado una hija llamada Petria, la menor de trece años.

El esposo de su madre era vendedor de vehículos. Había recibido una tentadora oferta, servir de *manager* en uno de los concesionarios más importantes del condado de Tarrant.

Por ello, la madre dejó su amada Rusia para seguir los sueños de su esposo de tener una vida mejor. Llevaban cinco años viviendo en EE. UU.

Lara empezó a estudiar desde que pudo organizarse y adaptarse al nuevo idioma. Todo marchaba sobre ruedas excepto por los problemas entre la madre de Lara y su esposo, quien resultaba ser un poco tosco ante las preferencias literarias de la extrovertida Petruska, que poseía un blog literario en su país natal.

La llegada de esa familia puso a Brandtom algo inquieto. Llevaba mucho tiempo en su genuina personalidad. Ver el detalle de la mudanza y la presencia de aquella joven tan fresca y bien presentada hizo que Brandtom le pidiera a su madre unos binoculares. Al principio no quería comprárselos, pero accedió ante la presión, al tiempo que puso un cristal ahumado en la ventana.

La protección de la ventana no impedía la vista. El paseo de los policías por la acera de la casa de Brandtom era algo típico. Todos estaban acostumbrados tras el horrendo asesinato del señor Cooper a cargo de su propio hijo.

Un día Brandtom se encontró con una gran sorpresa al mirar con los binoculares: ella también le estaba mirando con un pequeño telescopio. Se asustó. Luego observó cómo ella colocaba un sobre amarrado fuertemente con hilo de nailon y arrastraba el alambre hasta hacer que llegara a la ventana de Brandtom. El pequeño espacio de arriba fue suficiente para hacer que la carta estuviera en las manos del joven.

Hola,

¿Por qué no sales afuera? Llevo demasiados días viendo solo tu abdomen. El cristal oscuro no permite que identifique bien tu rostro.

Atte. Lara.

La carta estaba escrita sobre una rosa pintada a carbón; la hermana menor de Lara era dibujante, hacía hermosos dibujos.

Brandtom sostenía la carta al tiempo que se reía recordando ese momento, como si hubiese ocurrido ese mismo día.

—¡Una sonrisa! ¡Bravo! ¡Felicidades! —dijo la detective.

—Déjese de sarcasmos, no me gustan.

—Bueno, prosiga... ¿Qué más pasó ese día?

—Nada.

—¿Nada?

—Sí, nada. Tenía miedo de contestarle. Me inquietaba que ella tuviera temor de mí.

—¿Y qué pasó entonces?

—Bueno, pasaron unos cuantos días. Entonces lanzó una piedrecilla a mi ventana, pero Randall y Frank la detuvieron. Vi

cómo le decían que debía tener cuidado. Escuché claramente cómo la advirtieron acerca de mí.

—¿Eso te molestó?

—¡Por supuesto! Pero por otro lado me alegró. No quería tener al lado a una chica tan bella. Me daba miedo convertirme en alguien terrible y hacerle daño.

—¿Y la segunda carta?

—Aquí está.

Hola Brandtom,

Soy Lara. Ya sé quién eres. Los chicos que te cuidan me han hablado de ti. Quiero decirte que no te tengo miedo, más bien quiero ser tu amiga. Si te interesa, me avisas. ¡Ah, se me olvidaba! Soy estudiante de Psicología Clínica. Estoy trabajando en un proyecto y debo hacer un trabajo especial sobre algún desorden mental o enfermedad, así que me gustaría saber si podría contar contigo.

Gracias,

Lara

Esa segunda carta tenía de fondo un árbol grande y un sillón de parque, también a carbón.

—¿Qué te pareció la idea de ayudar a Lara en su proyecto?

—Al principio no me gustó, pero luego le dije que sí, solo que lo haríamos por carta. No permitían que nadie entrara a la casa, solo mi madre y los agentes Randall y Frank cuando entraban al baño, a almorzar o a tomar agua.

—Lo veo muy bien, pero ¿qué más pasó?

—Algo muy hermoso. Me puse algo pálido por falta de sol y cuando vino el médico a verme, en su visita de rutina trimestral, me aconsejó que tomar quince minutos de sol a las diez de la mañana.

—¿Encontraba excitante tomar el sol durante quince minutos?

—No, solo el hecho de que por quince minutos podría verla y ella verme a mí.

—¿Y cómo eran los encuentros?

—Fugaces y muy extraños.

—Cuénteme.

—Ella me perseguía. Randall y Frank siempre la alejaban. Yo caminaba por la acera con mis esposas. Ella reía con sus dientes blancos y movía su hermosa cola de cabello negro, envolviendo toda la calle con aquel olor a jazmín. Yo quería tocarla, pero no podía.

—¿Qué te decía?

—La primera vez me dijo que era más apuesto de lo que se veía en el periódico digital. Al parecer buscó las noticias de cuando hice lo que hice. Un día me tocó la mano. Llevaba puesto ese hermoso abrigo de cuero negro y su falda aterciopelada. Era un sueño. Pasó por encima de Randall y Frank, y me sostuvo la mano. Me miró a los ojos y algo sucedió.

—¿Qué?

—Su padre, o más bien su padrastro, le llamó con autoridad para que entrara en la casa.

—Era dominante con ella, está en el expediente. Bueno, era dominante con todos. No quería que su esposa leyera. La

señora Nova pasaba horas leyendo a escondidas en el cuarto de Lara.

—Soy testigo de ello. Algunos vecinos han declarado que sus discusiones eran en ruso. Por lo tanto, nadie podía entender qué sucedía. ¿Cuándo enviaste la primera carta?

—Cuando supe que Lara era todo lo que me importaba en esta vida, cuando vi cómo ese hombre ejercía poder sobre ella, cuando me convertí en su celador, en su protector fallido, pero protector —dijo con dolor en sus palabras y en su mirada.

—¿Cómo eran tus cartas? Jamás las encontramos.

—Eran poemas, cosas muy hermosas.

—¿Por ejemplo?

—¿Es necesario?

—¡Claro! —exclamó la detective, que se sentía muy incómoda ante la afirmación del amor del joven por Lara.

—Le llamaba “la dulce flor fría” —dijo con una sonrisa.

Amaba este clima. Estaba harta del frío extremo en su país. Se identificaba con este sol y este calor. Yo le llamaba “flor fría” porque el color de su piel era tan pálido que era como si estuviese en la nevera todo el día.

Dulce flor fría, ¿podrías ser mía? La ventana de mi alma reclama tu caricia; envuelto en tristeza y llanto está mi desierto, esperando el día de una libertad inexistente, para tenerte dentro de mí, abrazarte, alejarte de tus verdugos y ser uno solo, tú y yo.

—Vaya, poeta y todo.

—Sí, aquí tengo la tercera carta.

Hola, Brandtom,

Estoy muy asustada, porque mi padrastro y mi madre se llevan todo el día discutiendo. He encontrado una nota de mi madre en la que sugiere que pretende suicidarse. Dice que quiere hacer una cama en forma de libro, irse volando y no regresar. Tengo miedo.

—¿Me dice usted que también maltrataba a la madre?

—Sí, es una mujer muy culta, una lectora empedernida, Lara me contó que su madre en Rusia tenía una hermosa biblioteca y que abandonó todo para perseguir el sueño de su esposo de convertirse en importador de vehículos. Al final, su esposo se olvidó de los sueños de ella. Quería tener un club de lectura. Eso era un impedimento para ambos.

—Esto es increíble —dijo Klaire, sorprendida al darse cuenta de que Brandtom usaba todos esos datos durante el lapso cuando adquiriría la personalidad de Arthur Paradize.

—Luego hay muchas cartas, como aquella en la que me dice que quiere saber más sobre mi desorden disociativo. Le detallé las cosas que mi madre me contaba, todo lo que hacía cuando era otra personalidad.

—¿Ella se asustaba?

—No, me escribía con mucho amor, tanto que me pidió ser su novio. Fue frustrante.

—Lo imagino. Estaban enamorados y no podían verse.

—Así es. Su padre empezó a sospechar. Vi discusiones entre ellos. Un día entró en su cuarto y empezó a gritarle, solo por el hecho de que me veía tomar el sol.

—Lo siento.

—Él le gritaba, le insultaba, le decía que cómo era posible que hablara con un desquiciado mental.

—No existe mucha diferencia ahora. Brandtom, te escucho y me sorprende lo normal que eres. Eres perfecto. Podrías adaptarte a la sociedad si esta droga experimental funcionara, lo sé.

—Pero ¿usted piensa que la gente se creará eso?

—Olvida, hijo, olvida —dijo su madre acercándose a él.

La detective Klaire estaba haciendo todo lo posible por esconder lo que sentía, pero su mirada la delataba, así que pidió un receso para bajar y fumar algo.

Al salir de la habitación caminó por el pasillo, la madre la persiguió, pero el teléfono de la casa sonó. La madre se apresuró y tomó la extensión en el pasillo del corredor que conducía a las escaleras que llevaban al primer piso.

—Es del laboratorio —anunció a Klaire, que se dirigió así a la persona que le llamaba—: Sí, escucho... Claro..., ha sido un éxito... Brandtom regresó.

La madre prosiguió hablando. Escuchó con detalle algunas informaciones y colgó.

—¿Qué dicen?

—Que este primer paso ha sido un éxito y que debemos seguir administrando la dosis, pero esta vez doble. También que, si el tratamiento no se administra como se debe, Brandtom podría regresar al lapso y quedarse allí.

—¿Eso dijeron?

—Sí, que no se trata de una droga curativa, es de mantenimiento. El desorden disociativo es más complicado de lo que

creía. Ahora temo por mi hijo. Hablaron de efectos secundarios severos al duplicar la dosis. Estoy asustada.

El llanto no se hace esperar. La detective Klaire se acerca y le pone una mano sobre su hombro.

—No llore. Tranquila, todo estará bien. Calma.

—Gracias, detective. Ha sido usted muy buena.

—Solo hago mi trabajo.

Después de esto, Klaire salió a la calle. Debía tomar aire fresco para organizar todos los pensamientos que ocupaban su mente. Se fumó un cigarrillo mirando a la casa, de pie junto a la puerta, imaginando muchas cosas. Pensó en Arthur. Amarlo era una gran equivocación. Prácticamente no existía. Estaba muy confundida. Sonrió en el momento en el que por su mente pasó la idea de regresar a su hogar. La madre de Lara la había presionado durante muchos días y quería ver terminado el asunto. Ansiaba la pena de muerte para su esposo.

Tuvo que mudarse a Fort Worth desde que le asignaron el caso. Un triste cuarto de hotel era su refugio. Pero su sonrisa no era por nada de eso, sino por la loca idea de regresar a su triste y vacía vida. Ni siquiera un gato la esperaba en su departamento de Nueva York.

Vagó por los momentos más intensos junto a Arthur Paradize. La imaginación de esa personalidad, el desorden de su comportamiento, la forma tan espontánea que la ponía en un pedestal, estas cosas le dejaban un sabor más dulce en su alma. De una u otra forma no le sentaba mal que aquel chico le viese de esa forma.

La triste detective que nunca había tenido un evento amoroso triunfante veía esa loca relación como algo hermoso.

“¿Estás loca, Klaire Morgan?”, se dijo apagando el cigarrillo antes de terminarlo.

Era el momento ideal para terminar todo, continuar la grabación y cumplir con lo asignado. Debía regresar a su vida normal.

Entonces, una extraña voz interior empezó a decirle otra cosa: *Eres Lara Nova, la mujer de sus sueños. Eres todo lo que él quiere.*

Se turbó con aquel devaneo. Se recostó en la pared y pensó que debía hacer algo rápido. Una llamada a su teléfono distrajo su atención: era la madre de Lara.

—Hola.

—Detective Klaire, ¿cómo están las cosas? Tenemos poco tiempo.

—Lo sé, hago lo que puedo. La buena noticia es que el chico ha regresado. Le estoy tomando declaración.

—Es un alivio... ¡No soporto tanto dolor! Quiero justicia.

—Y la tendrá, solo que debemos esperar. Quiero una declaración detallada de todo, este expediente debe estar completo.

—Está bien, hablaremos luego.

—Espere un momento. Dígame una cosa, no mencionó en ningún momento que su esposo también la maltrataba. Podría agregar cargos si quiere.

—No, ya es tarde para eso. Ahora procedamos como acordamos. Esta pesadilla debe terminar —dijo y cortó la llamada.

La detective regresó arriba. La viuda Cooper le ofreció un vaso de zumo, que se tomó rápidamente para continuar con la grabación de inmediato.

Las cartas eran hermosas. En cada una de ellas había gestos de amor y cariño. El intercambio de experiencias acerca del desorden mental de Brandtom era muy enternecedor.

Lara fue reconocida en la universidad por un trabajo titulado *Un paseo dentro de una mente atormentada*. El documento contenía todo lo relacionado con el padecimiento de Brandtom, los detalles de sus inicios como paciente disociativo, sus múltiples cambios de personalidad, el asesinato de su padre y mucho más. Cada carta era un dato importante.

Por otra parte, estaban las discusiones del padrastro de ella por la relación que mantenía a escondidas con el chico Cooper.

—Pensé que ustedes se comunicaban a escondidas —dijo la detective interrumpiendo la declaración de Brandtom.

—Y así era. Hasta que los profesores de la universidad de Lara vinieron a conocer en persona a mi hijo. El trabajo que realizó fue muy bueno, tanto que consiguieron un cupo para él en la prueba de la nueva droga que se le está administrando. Hicieron las diligencias necesarias. Por eso volviste, hijo... —dijo la madre muy triste, pues sabe que su hijo no estará bien durante mucho tiempo, ya que el uso de la nueva droga es un arma de doble filo.

—He vuelto gracias a ella —dijo Brandtom, que se puso de pie y se dirigió hacia la ventana. Los barrotes no impiden que mire con anhelo al frente.

—¿Qué te sucede? ¿Acaso te afecta?

La detective Klaire no temía que Cooper volviera a agarrarla por el cuello. La mujer estaba justo a su lado, a la altura de sus hombros, ya que la estatura de Brandtom era sorprendente.

Klaire apreciaba más de cerca aquella sensual figura que había flirteado con ella durante dos meses y le había hecho sentirse en las nubes. Ya no soportaba ese rechazo, la realidad la perturbaba.

—¿No aprende usted? ¿Acaso no teme que le saque los ojos? Me acosa con su mirada, me molesta —dijo Brandtom sereno, pero apretando sus manos contra la pared.

—No, no te temo, más bien me da lástima saber que nunca pudiste tocarla, palpar su piel, sentir su cuerpo junto al tuyo, hacerle el amor...

—Lo hicimos muchas veces... por carta. Era igual o más excitante todavía.

—No es cierto —suspiró. Eso llamó la atención de Brandtom, que se volvió y la miró fijamente.

—¿Qué sabe usted del amor? ¡Dígame! ¡Mírese! Es un monstruo.

Esas palabras abrieron heridas muy profundas dentro de ella, pero se contuvo y siguió de pie, con la mirada fija en la de él.

—Tal vez no sé nada del amor, tal vez. ¡Sí, soy un monstruo, pero me has amado como a nadie, has bailado conmigo, me has recostado en tu hombro, me has besado, profundamente! —exclamó Klaire, que se mantuvo erguida y tal vez esperando el ataque del joven.

—¡Basta, detective! ¡Basta! No provoque a mi hijo.

—Descuida, mamá, nunca la besé, nunca estuve con ella. En todo momento estuve con Lara, que no se le olvide.

—Quiero ir al baño, mamá, si es posible.

—Claro.

—No irás a sacar la máquina de afeitar, ¿verdad? ¿Revisarás si hay algún artefacto cortante, como siempre?

—No, hijo, no hay temor de eso por mi parte. Sé que no partirás de esta tierra sin hacer justicia.

Una vez a solas afloró una conversación entre ambas mujeres, mientras miraban por la ventana.

—No debe hacerlo, detective. Debe superar el hecho de que mi hijo la rechace.

—Es difícil. No creo que lo entienda, pero...

—Lo entiendo perfectamente. Es usted quien no lo entiende. No existe el diván, la fina vajilla, la biblioteca, la importante empresa de cruceros ni la cama en forma de libro, los finos y elegantes trajes; tampoco el experimentado escritor Randall Scooter, el novato Frank White, el afroamericano Jackson ni Romina, la prostituta. Nada... nada es real, ni siquiera Lara. Ella no está, ha muerto —dijo muy molesta—. Mi hijo, detective Klaire, no es un excéntrico lector aficionado a los libros y la vida pomposa, más bien es un joven atormentado por su pasado, un chico que asesinó cruelmente a su propio padre a los catorce años, ¿sabe? Nada de lo que usted ha vivido este tiempo en Fort Worth es cierto. Todo es una fantasía, debe admitirlo.

—¿Y su esposo? ¿Es una fantasía? ¿De verdad está encerrado en ese cuarto?

Esa pregunta fue interrumpida al abrirse la puerta del baño. Las mujeres se miraron con cierto rencor. La viuda Cooper sintió un frío profundo, acompañado de un fuerte dolor en el pecho. Respiró profundamente, se sentó en la cama y disimuló ante su hijo el momento tan incómodo que había pasado.

—¿Seguimos? —dijo la detective Klaire con prisa para terminar.

—Sí, seguimos. Quiero que sepa que, si no condenan a la pena de muerte al desgraciado, yo mismo haré que me metan en su celda y le haré sentir mucho dolor.

—No es necesario, Brandtom. Esta declaración será suficiente.

—¿Y si lo rechazan todo por la condición de mi hijo?

—No será así. Tenemos el aval del laboratorio. Ellos certificarán que está en plenas facultades tras el tratamiento.

—Es un alivio escuchar que se hará justicia.

—No apruebo eso, madre. La venganza es la mejor manera de proceder. La justicia es lenta, pero la venganza es instantánea.

La detective Klaire escuchaba al joven y le aterraba su forma de pensar.

—Quiero terminar con todo esto. Necesito, ansío y debo regresar a casa.

—Eso es lo que todos queremos, regresar a nuestra vida normal —dijo la madre, que se puso de pie para ayudar a su hijo a caminar hasta la ventana.

—Sí, hasta a mí me gustaría volver a ser el de antes.

—¿A qué te refieres, hijo?

—El de antes, el joven que soñaba con ser un militar importante. Mi padre me hizo crecer con la idea de pertenecer a los cuerpos militares de Fort Worth. Me divertí mucho cuando no sucedió aquel evento.

Madre e hijo se miraron. La detective vio un código oculto en aquellas miradas. Algo no andaba bien.

Después de eso la madre recibió una llamada. Brandtom permaneció en la ventana con la mirada perdida. La viuda Cooper salió al pasillo queriendo pasar desapercibida. La audaz detective aprovechó el hecho de que Brandtom estaba sumido en sus pensamientos para acercarse a la puerta y abrirla levemente. Entonces escuchó la extraña conversación:

—Debes darme tiempo. Las cosas no han resultado como las planeé... Estoy haciendo todo lo posible por resolverlo todo... Lo sé, son muchos años... Yo también sufro mucho... Te extraño... Fue mejor así. De no haber procedido de esa manera todos hubieran pensado que fui yo quien lo mató, y no queríamos eso, ¿verdad? —La detective entendió que la viuda Cooper hablaba con su amante—. Bueno, te llamaré más tarde, debo terminar con esto. Los preparativos para internar a Brandtom en un hospital psiquiátrico están listos. Pasado mañana estaremos juntos, como lo hemos planeado... Siempre, tú y yo, como debió ser desde el principio... ¡Te amo, Williams! ¡Te extraño!

Klaire se movió de prisa. La viuda Cooper terminó la llamada y, como era rápida caminando, regresó a su lugar a pie, al lado de Brandtom en la ventana. Cuando la madre entró en la habitación, se sumó a ellos.

—¿Qué ha pasado? Estuviste mucho tiempo con esa llamada. ¿Quién era? Si se puede saber.

—¡Claro! No faltaba más. Era mi hermana, que vive en Florida. Quería saber cómo estaba todo.

La detective escuchaba horrorizada la mentira de la mujer. Era evidente que escondía algo y ese algo podía ser muy peligroso.

—Si me permiten, debo ir al baño. Tengo una emergencia.

—Adelante.

La detective entró en el baño y enseguida cogió su teléfono para comunicarse con su superior.

—¡Hola, Klaire! ¿Cómo va todo? ¿Mucho calor?

—¡Hola, señor! Sí, hace mucho calor aquí, pero no llamo por eso —dijo hablando muy bajo.

—¿Qué necesitas?

—Quiero que confirmen algo. Busquen el número de teléfono de la viuda Cooper. Averigüen el número de la última llamada que recibió hace un rato. Es muy importante.

—¿Qué tiene que ver eso con el caso de la joven Lara Nova?

—Creo que nada, pero hay algo que fortuitamente he descubierto. Por favor, investigue y hágamelo saber.

Klaire colgó el teléfono para hacer otra llamada. Entonces alguien le gritó desde fuera:

—¿Todo va bien, detective?

—Sí, sí... Es que... —se rio—. Es gracioso, tengo dolor de estomago y gases. Deme unos minutos, señora Cooper, que no tardo.

—Tómese su tiempo. Los gases son indeseables.

Esperó la llamada para obtener la respuesta, pero no obtuvo nada. Cuando puso la mano en el pestillo para abrir, su teléfono comenzó a vibrar.

—Sí, dígame, ¿Qué ha descubierto?

—Lo tengo. Tiene varias llamadas hacia y desde ese número. Pertenece a Williams Scoot, un militar retirado de Fort

Worth. Es curioso, lleva casi ocho años fuera de Texas, ahora vive en Arizona.

—¿A qué se dedica?

—Es pescador. Vive en las costas. Tiene una pequeña propiedad. Lleva una vida tranquila.

—¿Antecedentes?

—Ninguno. Es un ciudadano ejemplar. ¿Qué sucede, Klai-re?

—Es una idea. Hay algo que no me cuadra. Gracias.

—Debes tomarte un descanso cuando todo esto acabe, es necesario.

—Lo sé, gracias. Hablaremos luego, creo que esto está listo para terminar.

—Hasta luego. Cuando regrese a Nueva York, hágamelo saber, por favor. Quiero un informe de todo lo sucedido.

—Entendido.

Cuando la detective se disponía a cortar la llamada, se dio cuenta de que la batería de su teléfono casi se había agotado.

—¡Ah, se me olvidaba! Buen trabajo, detective.

—¡Gracias!

Ahora estaba más confundida que nunca. No tenía idea de por qué aquel sujeto resultó ser un exhabitante de Fort Worth y por qué su partida coincidía con el asesinato del señor Cooper, padre de Brandtom.

—Perdón por la tardanza. Ha llegado la hora de poner fin a este asunto —dijo saliendo del baño y al ver las caras ansiosas de Brandtom y su madre.

CAPÍTULO XIII

La confesión

—Brandtom, hijo, debes decir todo lo que sabes ahora. Termina tu declaración, mañana todo estará olvidado.

Brandtom, con la nariz sangrante, obedeció:

—Fue como un relámpago. Él subió molesto, porque antes estuvo discutiendo abajo con su esposa. Lara estaba escuchando música. Le había dicho que me iría a dormir, pero le mentí. Estaba en la ventana, solo que algo escondido, observando, como siempre. Todo fue muy rápido. Bajé la cabeza un momento y cuando me quise dar cuenta todo había ocurrido ya.

—¿Dónde estaban los oficiales Randall Scooter y Frank White?

—En la acera de la casa de Lara, mirando hacia acá. Se burlaban de mí, me decían que me gustaba la rusa. ¡Rayos, cuánto los odio! ¡Son unos idiotas!

—Cálmate, no es culpa tuya. Estuvieron jugando contigo todo el tiempo. Desde que eras solo un chico inexperto siempre usaban juegos.

—¿Juegos? ¡Malditos juegos! ¡Acabaron con ella!

—Brandtom, te lo recuerdo, todos en esta calle veían como pura rutina los gritos de esa casa, y los tuyos también. Ellos porque así era como se manejaban y tú por la enfermedad que te aqueja.

—Sí, detective, pero sucede siempre, hasta en las películas. Los agentes del orden están pendientes de todo lo que pasa a su alrededor.

—Entiendo.

“Tu vida se quedó en un vídeo”, pensó Klaire, quien lamentaba mucho que el obsesivo chico estuviera atravesando por un momento tan traumático.

—No lo entiende, porque cuando levanté la vista estaba tocando el cristal. Su mano... su mano ensangrentada... ¡No! Ella quería mi ayuda y yo no pude hacer nada. Allí fue cuando alcancé a ver la última carta. Ella no me la había pasado porque le había dicho que iría a dormir y no quería molestarme —dijo llorando desconsoladamente—. Lo último que hizo fue tocar el cristal con su mano y mirarme, mientras yo le gritaba a los estúpidos que mirasen hacia allí. Ellos se reían de mí, se burlaban. Recuerdo que la madre de Lara y su hermana estaban llorando. La hermana llegó después y se encontró con su padre, que estaba bajando las escaleras. Grité y grité. Fueron segundos de desesperación. Luego no recuerdo nada más hasta hoy que desperté siendo yo.

»Lo que pasó luego es que el hombre huyó por la parte trasera de la casa, aunque luego fue capturado. La madre y la niña declararon, pero asegura que alguien se metió en la casa y asesinó a Lara. Dice que él no lo hizo.

—No es cierto, fue él. ¿Quién más podría hacerlo?

—¿Viste cuándo lo hizo? Brandtom, ¿viste cuando agredió a Lara?

—No, no lo vi —dijo limpiándose la sangre de la nariz, que se mezclaba con sus lágrimas.

—Entonces no tenemos las pruebas necesarias. Creí que lo habías visto.

—¡Pero fue él! ¿Quién más querría hacerle daño a Lara? —dijo el joven ahogado en llanto.

—Detective, es como dice mi hijo. ¡Fue él!

La detective desconfía de esas palabras. La mujer empezaba a darle miedo a Klaire. Estaba frente a un ser humano lleno de misterios. Algo estaba muy mal.

—Esta es la declaración de mi hijo y es satisfactoria, así que termine todo esto, que queremos descansar —dijo la señora Cooper poniendo de mal humor a Klaire.

—Me voy. Tomaré esto como una declaración. Lamento saber que hay cosas que quedan impunes —dijo mirando a la viuda Cooper y a Brandtom al tiempo que recogía su bolso.

—¿Se va?

—Sí —responde y se encamina hacia la puerta.

—Señorita Klaire, dígame algo, ¿cómo puedo pagarle por lo bien que se ha comportado con nosotros? —dijo con un tono chantajista e irónico.

Ella lo pensó un momento. El cinismo de la mujer le hizo dar marcha atrás.

—Claro que puede ayudarme, claro que sí. Dígame, ¿quién es Williams Scoot?

Esta pregunta deja sin habla a la mujer. La detective Klaire no usó con Brandtom su inteligencia ni las técnicas de presión que aprendió en la academia para utilizar con los testigos por que no era necesario. Pero con su madre debía ser sagaz, se olía que algo no andaba bien.

—No sé de qué me habla. No conozco a nadie con ese nombre.

—¿Adónde planean irse?

—¿Qué!?

—¡Sí! Usted y su amante, el señor Williams Scoot, de Arizona, que vivió en Texas hasta hace ocho años, ¿lo recuerda ahora?

—¡Claro! Williams es un viejo amigo.

Brandtom empieza a mirar a su madre de una forma extraña.

—Un amigo muy especial con el cual va a rehacer su vida luego de internar a Brandtom en un hospital psiquiátrico.

—¿Quién se lo dijo? —Se levanta molesta.

—¿Es cierto eso, madre? ¿Es verdad?

—Sí —dijo sin titubear.

—¿Por qué? ¿Quién es ese tal Williams Scoot? Nunca me hablaste de él.

—Hijo, hay algo que debo decirte, es el momento adecuado. Yo no soy tu madre —dijo de una forma dura y cruel.

—¿Qué!? —dijeron al mismo tiempo Klaire y Brandtom.

—Así es. Te adoptamos. Yo no podía tener hijos, así que buscamos elegimos esa opción. Tu madre falleció por una sobredosis de heroína. Tuvieron que sacarte de su vientre con apenas seis meses. Nos hablaron de ti y de que necesitabas un hogar, mucho amor y protección. ¡Nos ilusionamos tanto! Pero esa ilusión empezó a desaparecer cuando empezaste a crecer. Cada día era algo nuevo: ataques, pérdida de memoria, pequeños lapsos... Una gama de trastornos mentales que no me dejaron nunca ser feliz.

—¡Soy adoptado!

—Sí, tu trastorno mental es debido a las adicciones de tu madre. Bueno, de la que te tuvo en su vientre.

—¿Cuántos secretos más hay?

—Era necesario, hijo.

—¿Qué me dice del asesinato del señor Cooper?

—Por favor, detective, no siga. No le conviene —dijo amenazante y siniestra, mientras se agachaba para tomar algo de debajo de la cama de Brandtom.

—No se mueva —dice Klaire, que desenfundó su arma y le apuntó al ver el hacha.

—¡Mamá! ¿Qué haces? Fuiste tú... ¡Tú lo mataste! y también a Lara, pero ¿por qué? —Brandtom se acerca a su madre. Acababa de recordar todo tal como sucedió.

—No des un paso más. Recuerda que no eres mi hijo.

—Brandtom, aléjate de ella... —Klaire se aproximó a la mujer apuntándole. Esta comenzó a silbar una extraña melodía.

—Vamos, detective, no era nada, solo era un exesposo desobediente y una maldita zorra que pretendía estropearlo todo con sus estudios de Psicología. Quería obligarme a que cuidara de este hijo impuesto a disgusto. —La señora Cooper acarició el filo del hacha de forma siniestra—. Todo era perfecto, todo. Hasta que llegó ella.

—¡Cállate! ¡Cállate, mamá! ¡Eres un monstruo! —gritó tapándose los oídos.

—No todo es como queremos, hijito —dijo caminando hacia Klaire con determinación.

—Si da un paso más, le disparo, se lo aseguro.

—Baje el arma, no le haré daño. Será rápido, se lo aseguro.

—¿Cómo cree que saldrá de esto? ¿Cree que quedará impune? Está cometiendo un gran error.

—Será como siempre. Brandtom lo hizo. Pasarán unas horas sin tomar las pastillas y regresará a ese lapso. Será como debe ser, como le gusta a usted.

—No lo creo. Su amante esperará mucho tiempo. Usted solo saldrá de esta habitación detenida o muerta. Trate de que no sea de la segunda forma.

—Es imposible. Usted no estropeará mis planes. Lo he estaba preparando así durante años.

—¿Qué me dice de su cómplice, el señor Williams Scoot?

—¡Cállese! ¡Cierre la boca!

—¡Basta, madre! ¡Basta ya! —gritó Brandtom, que se interpuso en el camino de su madre.

—¿Acaso no puede una ser feliz, no tiene derecho a vivir su vida con el hombre al que ama? No pueden obligarme a cuidarte toda la vida. ¡No soy tu maldita madre! Soy un ser humano a quien nadie nunca ha entendido. Desde el maldito día que a tu padre se le ocurrió la idea de adoptarte, desde ese día no he sido yo, solo él y tú. ¡Estoy harta! ¡Déjenme ser feliz! ¡Por favor! Quiero ser feliz. —Brandtom le quita el hacha lentamente mientras la mirada de la mujer se pierde en un vacío. Su voz casi no se escucha.

—Aléjate, Brandtom. ¡Aléjate, por favor!

La viuda Cooper emprende su huida. Klaire lanza un disparo, pero no logra hacer blanco. Se queda sola en el cuarto junto a Brandtom.

—¿Estás bien, chico Cooper? —pregunta. Un instante después la casa queda totalmente a oscuras.

—Estoy bien.

—Debemos salir, lentamente. Sígueme.

—No puedo salir a la calle. El localizador podría dispararse.

—Es para eso, para que vengan por nosotros. Mi teléfono está descargado, no puedo llamar. Debemos salir.

—Tengo miedo.

—Lo sé, yo también. Agárrate a mi hombro y caminemos juntos. ¿Conoces la casa?

—Sí, muy bien, solo que hace tanto tiempo que no salgo del cuarto...

—Sales, y mucho. Cuando eres otra persona caminabas por la casa con toda normalidad.

—Pero no recuerdo nada.

—Lo único que tienes que hacer es guiarme despacio. Está muy oscuro.

Salieron de la habitación y se desplazaron con cautela. El chico llevaba el hacha con él.

—Estamos en el pasillo. Caminemos, estamos cerca de la habitación de papá. Siga, debemos llegar a la escalera.

—Ten cuidado, te puedes cortar con esa hacha.

—Me sudan las manos.

—¡Shhhh! No hables alto, podría estar en cualquier lugar. Está muy oscuro.

—Quiero volver al cuarto, me siento extraño.

—Tranquilo, todo acabará pronto.

Ambos continuaron andando, en tanto ella recreó en su mente el comportamiento extraño de la señora Cooper. ¿Cómo podía resultar tan obsesiva y enfermiza? Si Brandtom tenía un trastorno, la viuda Cooper era un caso de estudio profundo para psiquiatras.

Se obsesionó con ser feliz. Mató a su esposo para conseguirlo, pero no hizo lo mismo con Brandtom, ya que despertaría sospechas. Asesinó a Lara para hacer que sus planes de libertad se ejecutaran exactamente.

La pobre chica rusa cavó su tumba al intentar ayudar a Brandtom. Su desquiciada madre adoptiva la vio como un estorbo, al conseguir ayuda para el chico, a fin de rehabilitarle desde casa. Veía como una cadena el hecho de que Brandtom se curase, pero debía hacer lo posible para aparentar que la muerte de Lara había sido un crimen doméstico. Por ese motivo tejó una tela de araña, para que las autoridades creyeran que Brandtom lo había visto todo. Era sorprendente cómo manipulaba los hechos.

Mientras Brandtom estaba en el lapso, ella en persona fue a la policía e hizo que apresaran al hombre. Actuó astutamente: entró por la parte trasera de la casa, estudió cada detalle, luego dio su gran golpe, subió las escaleras, cometió el homicidio y se fue. Cuando todos quisieron darse cuenta ya era tarde: Lara yacía en el suelo, una mancha de sangre permanecía en la ventana y un charco en el suelo bajo el cadáver. Más de doce hachazos dejaban ver lo brutal de aquel asesinato.

—Un momento... ¿Escuchas eso? —dijo la detective deteniéndose.

—¿Qué?

—Esos pasos... ¿De dónde provienen? —dijo al borde de la desesperación.

—No escucho nada.

—¡Shhhh!

El silencio era aterrador, pero la sagaz detective sabía que ella estaba cerca. En ese momento la mujer salió de la habitación del difunto señor Cooper y agarró a Brandtom por el cuello.

—¡Suéltame, suéltame! —dijo desesperado. Brandtom no era capaz de dañar a la que creyó que había su madre toda la vida.

—¡Suéltelo!

—Cállese, maldita y frustrada bola de carne. Ya, tesoro, pronto todo terminará —dijo quitándole el hacha a Brandtom.

—¿Qué va a hacer? ¡Déjelo en paz!

La detective ve como le arrastra hasta el cuarto del fallecido señor Cooper y continúa hacia allá con el arma apuntando hacia la puerta. Al llegar a ella había muchas velas encendidas. La cama estaba tendida con una sábana blanca y la loca mujer coloca a Brandtom sobre la cama.

—¡Mamá! ¿Qué haces? ¡Estás loca!

—Todo terminará, bebé, tranquilo. Mamá hará un viaje y será feliz, y tú irás a otro viaje.

—¿A dónde iré?

—Con papá. Él te está esperando.

La señora Cooper levanta el hacha y se dispone a atacar, pero la detective grita amenazante y decidida.

—¡Suelte la maldita hacha, enferma de pacotilla! ¡Ya me tiene harta! ¡Deje en paz al muchacho! ¡Déjelo!

—No es un muchacho, es un apuesto caballero inglés que te humilla. Es eso, ¿lo olvidaste?

Durante un momento sus ojos se confundieron, pero logró volver en sí.

—¡Que lo suelte le dije! ¡Deje que se vaya!

—No, no, debo acabar con esto —dijo apuntando y dando a entender claramente cuáles eran sus intenciones.

—¡Noooooooo! —gritó la detective.

Disparó dos veces. El hacha cayó al suelo y la mujer se desplomó sobre el cuerpo de Brandtom, que rompió a llorar como un niño.

CAPÍTULO XIV

Final 1

La madre falleció. Klaire Morgan, la detective obesa de pocas oportunidades amorosas, esclareció la muerte de dos personas, una de ellas un padre que amaba a su esposa y a su hijo; la otra, una joven que se enamoró de un rechazado joven que todos creían peligroso, pero que al final resultó ser una buena persona.

Aunque su trastorno era de cuidado, ahora empezaría una nueva vida, sin localizadores, con un tratamiento adecuado para su trastorno disociativo y con mucho apoyo de la comunidad de Fort Worth. Brandtom se había ganado el respeto de todos. Quería ir a la universidad y recuperar el tiempo perdido.

Klaire Morgan recibió un reconocimiento por haber descubierto lo que otros no pudieron durante ocho años y por haber hecho justicia para que el padrastro de Lara no fuera a prisión y fuera condenado a muerte. La declaración grabada de las palabras de la misma viuda Cooper y el incidente ocurrido quedó como prueba irrevocable de que aquella mujer cometió ambos delitos.

Petruska Nova regresó a Rusia. La madre de Lara volvió a leer. El esposo se quedó en EE. UU. junto a su pequeña de trece años.

El señor Williams Scoot fue descartado por no encontrarse en complicidad con la viuda Cooper. Admitió que llevaba relacionándose desde hacía más de veinte años con la mujer, pero que no sabía que había asesinado a su esposo. Aseguró en todo momento que la mujer culpaba de todo a su hijo adoptivo.

Klaire continúa siendo amiga de Brandtom. De vez en cuando le hace una llamada para saludarlo.

El día que Klaire le entregó la última carta a Brandtom, ambos lloraron cuando la joven confesó que ya no podía seguir viviendo lejos de él, ya que le amaba demasiado, que planeaba mudarse sola y que cuidaría de él.

CAPÍTULO XV

Final 2

Klaire se apresuró a retirar el pesado cadáver de encima de Brandtom. La sangre continuaba saliendo de la herida de bala de la ya fallecida señora Cooper.

Arrastró a Brandtom hasta el cuarto, limpió su sangre, pero el joven cayó en un profundo sueño. Tomó el frasco con las pastillas del tratamiento del joven, entró al baño y las tiró por el lavabo.

Esperó mirándole fijamente mientras dormía. Esperó, esperó y, cuando pasaron algunas horas, él abrió los ojos.

—¡Lara, estás aquí! —dijo acariciándole el rostro.

Klaire no se da cuenta de que la última carta de Lara Nova está a punto de salirse del bolsillo. Él se percata e intenta cogerla.

—Sí, no he ido a ninguna parte... ¿Cómo te sientes, Arthur? —dijo. Después tomó rápidamente el papel y lo rompió.

—Bien. Me duele la cabeza, pero estoy bien. Ahora que te veo, ya no puedo seguir negando que te amo, Lara, que eres la mujer de mis sueños, que te necesito. Un hombre de mi categoría, de mi importancia, no merece estar solo.

—¡Yo tampoco! Te amo, Arthur, eres lo que siempre soñé.

—Entonces no se hable más. Te quedarás a vivir aquí, en mi mansión. Seremos muy felices.

—Sí. Solo hay un detalle.

—¿Qué? ¿Qué infortuna a mi dulce flor fría?

—La mucama.

—Voy a despedirla. ¡Margaret! —gritó.

—No, no podrá venir. La encerré, junto al Innombrable. Tuve que hacerlo.

—Perfecto —dijo tras mirarla un momento—. Hace tiempo debí hacerlo. —Sonrió—. Ahora sí seremos felices.

Klaire se levantó y encendió la radio. Empezó a sonar *Gloria*, la canción de Laura Branigan.

—No has olvidado a dónde iremos, ¿verdad?

—Claro, en busca de la verdad. Desvelaremos el misterio de la verdadera personalidad de Frank White. Ya no podrá seguir pasando desapercibido. Comunicarás a todo el mundo que él y Randall Scooter son la misma persona —dijo sonriendo muy feliz.

Él se puso de pie para bailar junto a ella y en ese momento todo cobró sentido: la habitación empezó a convertirse en una hermosa biblioteca y la cama tomó forma de libro. Brandtom ya no existía, era solo el apuesto hombre maduro de porte inglés. Klaire desapareció para convertirse en Lara, la terapeuta paupérrima más hermosa que los ojos de Arthur habían visto.

Y fueron felices para siempre.

Continuará...

